INTER FOLIA FRVCTVS



J. M. ANDRADE



LAS HEROIDAS

DE

OVIDIO

Imprenta de Galvan

A CARGO DE MARIANO AREVALO,

calle de Cadena n.° 2.

LAS HEROIDAS

DE

OVIDIO

TRADUCIDAS

POR *Un Mexicano.*

K Ovidius Naso (P.)

TOMO PRIMERO.

MEXICO.

Imprenta de Galvan á cargo de Mariano Arévalo, calle de Cadena núm. 2.

1828.

ADVERTENCIA.

En obsequio de los que no están versados en la mitología, á mas de los Argumentos, *se ha puesto al fin del segundo tomo un índice abreviado por órden alfabético, en que se hallarán los principales nombres de los dioses, diosas, héroes, heroinas, y otras cosas para facilitar la inteligencia de estas* HEROIDAS, *que se han procurado traducir casi literalmente, cuidando sin embargo que perdieran lo menos posible de su notorio mérito.*

HEROIDA PRIMERA.

ARGUMENTO.

Páris, hijo de Priamo, rey de Troya, habiéndose robado á la griega Helena, fue causa de que los griegos, para vengarse, pusieran un sitio á Troya que duró diez años; despues de los cuales, incendiada aquella ciudad, se restituyeron los vencedores á su pátria con varia suerte, siendo la de Ulises (que tambien concurrió al asedio) andar errante por diversos mares y tierras, sin poder arribar á su reino de Itaca en muchos años. Tan larga demora da motivo á su esposa Penélope de escribirle la siguiente carta, en que le pinta lo que ha padecido en su ausencia, y le exhorta á que no retarde mas su vuelta.

PENÉLOPE

Á

ULISES.

Penélope, tu esposa desdichada,
¡O tardo y perezoso Ulises mio!
Esta te escribe; pero no respondas;
En lugar de respuesta ven tú mismo.

Ya Troya, justamente aborrecida
De las jóvenes griegas, ha caído;
¿Y qué importa Priamo y toda Troya,
Para que así te escondas fugitivo?

¡Oh! ¡si cuando el adúltero llevaba
Acia Lacedemonia sus navíos,
Las irritadas ondas en su seno
Hubieran al infame sumergido!

Ni yo yaciera miserable y sola
En el desierto lecho en que me miro:
Ni me quejára yo de que los dias
Caminen tan pesados y tardíos.

Ni, en fin, para engañar en algun modo
De las eternas noches el fastidio,
Me fatigára en ellas con la tela
En que mis viudas manos ejercito.

¿En qué ocasion ó tiempo mil desgracias
Mayores que las ciertas no he temido?
Que el solícito amor siempre está lleno
De sustos y temores infinitos.

Figurábame ya que los troyanos
Sobre tí se lanzaban vengativos;
Y al solo nombre de Hector mi semblante
Quedaba de temor descolorido.

O si contaba alguno que en el campo
Antíloco por Hector fue vencido,
Antíloco la causa en el instante
Era de mis temores excesivos.

Si de Patroclo, el hijo de Menecio,
De las armas de Aquiles revestido,
Me contaban la muerte, yo lloraba
El suceso infeliz de aquel arbitrio.

O si en sangre empapó de Tlepolemo
Su fiera lanza Sarpedon el licio,
De Tlepolemo la sangrienta muerte
Al punto renovaba mi conflicto.

Cuantos griegos en fin en vuestros campos
Murieron al furor del enemigo,
Todos hicieron que mi amante pecho
Yerto quedase, mas que el yelo, frio.

En fin, los justos dioses, á mis votos
Y á mi inocente amor fueron propicios;
Pues en cenizas convertida Troya,
Mi idolatrado esposo quedó vivo.

Tornaron ya los capitanes griegos:
Los altares humean de contino;
Y estrangeros despojos por dó quiera
Son á los sacros dioses ofrecidos.

Las jóvenes ofrecen gratos dones
De sus esposos al feliz arribo;
Y los hados de Troya cantan ellos
Por los suyos deshechos y vencidos.

Admírase el anciano venerable,
Y la doncella tímida al oírlos:
La esposa está pendiente de los labios
Del marido que cuenta estos prodigios.

Tal vez alguno, puesta ya la mesa,
Señala en ella el memorable sitio,
Con el vertido vino, dibujando
De Troya la ciudad, y el campo Argivo.

,,Este es el monte, dice, de Sigeo;
,,Por aquí el Símois va, troyano rio;
,,Aquí el soberbio alcázar de Priamo
,,Ocupaba un lugar muy estendido.

,,Aquí las tiendas del valiente Aquiles,
,,Aquí están las de Ulises el divino,
,,Y aquí el cadáver de Hector arrastrado
,,Causó terror á los caballos mismos."

Que todas estas cosas me ha contado
Mas de una vez Telémaco tu hijo,
A quien el viejo Nestor las narraba
Cuando yendo á buscarte, estuvo en Pilos.

Contábame tambien como murieron
En mitad de la noche sorprendidos,
Por Diómedes y tú, Dolon y Reso,
Con engaños aquel, y éste dormido.

Y como con un solo compañero
De noche, con audacia y artificios,
Penetraste de Reso los reales
Pasando muchos hombres á cuchillo.

Bien se conoce, Ulises, en tu arrojo
Cuanto echaste á los tuyos en olvido,
Pues cuando tú me amabas, yo me acuerdo,
Que eras por mí, mas cauto en el peligro.

Cuando escuché tu arrojo, allá en el pecho
Daba mi corazon fuertes latidos;
Ni cesó mi temor aun cuando supe
Que entraste victorioso al campo amigo.

¿Mas qué me importa á mí que derrocára
Al soberbio Ilion tu brazo invicto?
¿Ni qué, que los que un tiempo fueron muros
En triste suelo fueran convertidos?

¿No soy tan infeliz como lo fuera
Mientras Troya duró? ¿cuál es mi alivio?
Yo carezco, cual antes, de mi esposo,
Sin poder ver el fin de mis gemidos.

Troya, cuyo terreno el victorioso
Con bueyes ara ya, que unció cautivos,
Cayó para otras mil afortunadas,
Mas para mí infeliz aun no ha caído.

Ya sementeras son lo que fue Troya,
Y fecunda, con sangre de los frigios,
La tierra brota mieses abundantes,
Que ha de segar el labrador tranquilo.

Humanos huesos medio sepultados
Rompe el arado corvo en su ejercicio,
Y las yerbas ocultan por do quiera
Desechos y asolados edificios.

Sales triunfante en fin; pero yo ignoro
Cuál de tu detencion es el motivo;
Ni me es dado saber por qué ó en dónde
Con ferreo corazon te has escondido.

Cualquiera que de Itaca á las riberas
Encamina su barco peregrino,
No se aleja, sin que antes le pregunte
De tí mil cosas, que saber ansío.

Y por si mi ventura fuese tanta,
Que te encontrára acaso en su camino,
Escrita por mis manos una carta
Para que te la entregue le confio.

A Pilos donde reina el viejo Nestor,
Cuya avanzada edad cuenta ya siglos,
Envié á saber de tí; pero fue inútil
La incierta nueva que de Pilos vino.

Tambien á Esparta envié; mas en Esparta
Ignoran igualmente tu destino:
Ni la region se sabe donde habitas,
Ni el lugar en que vives tan remiso.

El que existiera Troya todavia
Hubiera para mí mas útil sido;
Y yo misma detesto ya mis votos,
Porque cayera Troya, repetidos.

Supiera al menos donde peleabas,
Y solo de la guerra los peligros
Temiera yo, pudiendo mis querellas
Con las de otros juntar, para mi alivio.

Vencida Troya, ignoro lo que temo;
Pero lo temo todo á un tiempo mismo:
Y así un campo espacioso y dilatado
A todas horas se abre á mi martirio.

Cuantos peligros tiene el ancha tierra,
Y cuantos tiene el mar en sus abismos,
Otros tantos motivos y ocasiones
De tan larga tardanza me imagino.

Mientras yo neciamente así me afano,
Tú, de estrangero amor tal vez cautivo,
Amas á alguna jóven; que tan dulce
Suele ser la traicion á los maridos.

Tal vez la contarás, por agradarla,
Cual es mi llano y rústico ejercicio;
Que inútiles y ociosos los vellones,
Ocupada en la tela, no permito.

¡Oh! ¡quiera el cielo que me engañe en esto
Y que el viento se lleve el vaticinio!
Que fuera insoportable tu tardanza,
Si el volver á tu pátria está en tu arbitrío.

Mi padre Icario quiere que abandone
El lecho en que sin tí, sola yo habito,
Y al ver la resistencia que le opongo,
Condena mi tardanza cual delirio.

Condénela mi padre cuanto quiera;
Tuya soy, y de serlo me glorío:
Que Penélope fiel, de Ulises solo
Siempre esposa será como lo ha sido.

Mas Icario por fin, viendo cuan firme
Romper la fe que te juré, resisto,
Modera algunas veces sus instancias
Dejándose vencer á ruegos mios.

Una turba de amantes impudente.
De Dulíquio, de Samos y Zazintos,
Porfiada me asedia, y con descaro
Me persigue, buscando mi cariño.

Reinan osados en tu misma casa,
Sin haber quien se oponga á su dominio.
Disipando voraces tus riquezas,
Que son nuestra sustancia y nuestro abrigo.

¿Para qué referirte la osadía,
La orgullosa altivez, los desperdicios,
De Eurímaco, de Antínoo, de Pisandro,
De Medonte cruel, ni de Polybo?

¿Ni para qué nombrarte tantos otros
A quienes todos ¡oh dolor! tú mismo
Con tu sangre alimentas torpemente,
Descuidando los bienes adquiridos?

Iro el mendigo, y el pastor Melaucio,
Haciendo que devoren tus apriscos,
(Que es el último exceso del oprobrio)
Tambien para tu daño están unidos.

Tres solo en tu favor hemos quedado,
Laertes, por los años impedido,
Telémaco, muy jóven todavia,
Y yo débil muger sin poderío.

Y aun Telémaco ¡ó dioses! hace poco,
Cuando á pesar de todos iba á Pilos,
Estuvo á punto de perder la vida
Por la infame traicion de estos impíos.

¡Hagan los dioses que jamás perezca,
Y que siguiendo su órden los destinos,
Pueda cerrar tus ojos cuando mueras,
Habiéndome prestado igual oficio!

Estos mis votos son, y estos los votos
De Filesio el pastor, boyero antiguo,
De la anciana nodriza, y finalmente
De nuestro fiel Eumeo, el porquerizo.

El anciano Laertes, como inútil
Para las armas, sin esfuerzo y brio,
Sostener tus derechos ya no puede
En medio de tan tercos enemigos.

Las fuerzas de Télemaco muy tiernas,
Crecerán con la edad, ya que está vivo:
Edad que tú debieras ciertamente
Cuidar y sostener con tus ausilios.

Yo en fin, muger y sola, nada puedo
Para arrojar de casa á estos inicuos;
Y así vuela tú mismo, de los tuyos
A ser el salvamento y el asilo.

Un hijo amante tienes, (¡Quiera el cielo
Guardártelo, cual yo se lo suplico!)
Que en sus jóvenes años ser debia
De su padre en las artes instruído.

Mira, mira á Laertes, tu buen padre;
Ven á cerrar sus ojos, cual buen hijo,
Que poco ha de tardar, cargado de años,
En exhalar el último suspiro.

Mírame en fin á mí, que si era jóven
Cuando te ví partir, será preciso, (cuentres
Que á tu vuelta, aunque pronta, ya me en-
Tal vez cual una anciana, Ulises mio.

HEROIDA SEGUNDA.

ARGUMENTO.

Navegando á su pátria Demofonte, hijo de Teseo, fue acometido por una tempestad y arrojado á Trácia, donde lo acogió Filis, hija del rey Licurgo, la cual reinaba entonces: y habiendo vivido con ella algun tiempo, la dejó para ir á cuidar del reino de su padre, con promesa de volver al cabo de un mes. Pasados cuatro sin verificarlo, le escribe Filis recordándole su promesa, la acogida que le dió, pintándole su desesperacion si no vuelve, y la resolucion de quitarse la vida en este último caso.

FILIS

Á

DEMOFONTE.

Tu Filis, la que en Trácia ¡ó Demofonte!
Te acogió con amor y fe tan firme,
Se queja de que el tiempo es ya pasado
En que volver á Trácia prometiste.

Tú ofreciste volver ácia mis playas
Cuando la luna que el espacio mide
De la callada noche, una vez sola
El curso concluyera que describe;

Pero ya cuatro veces se ha perdido,
Y otras tantas ha vuelto á descubrirse,
Y en los mares de Trácia no aparece
La nave, Demofonte, en que te fuiste.

Si, cual suelen hacerlo los amantes,
El tiempo largo de tu ausencia mides,
Hallarás que mi queja no es temprana,
Y antes tardá mas bien puede decirse.

Por mas tiempo esperé del que debiera,
Teniendo tu traicion por imposible;
Mas ya la creo en fin, y á pesar mio,
Mi amante pecho tus engaños gime.

Mil veces he mentido por tu causa,
Diciendo que tu vuelta era infalible,
Pues juzgaba que el viento y tu promesa
Acá otra vez debieran conducirte.

A tu padre Teseo muchas veces
En tu tardanza y mi dolor maldije,
Creyendo que tu vuelta estorbaria,
Mas acaso no es él quien la prohibe.

Otras veces temblaba imaginando,
Que del Hebro, al pasar entre las sirtes,
Tal vez las fieras y espumosas ondas,
Pudieron con el barco sumergirte.

Mil veces á los dioses he pedido,
Ante sus aras en accion humilde,
Que, á pesar de tu engaño y tus perfidias
Salvo te conservasen y felice.

Otras muchas, mirando favorables
Los vientos, y los mares bonancibles:
El volverá, si vive: sí, sin duda;
El volverá, yo misma á mí me dije.

Y otras muchas en fin mi amor constante
Cuantas causas pudieran impedirte
Se imaginaba, haciéndome ingeniosa
En disculpar tu ausencia inconcebible.

Mas tú en tanto no tornas, ni te mueven
Los juramentos que al partir hiciste
A las sacras deidades, ni tampoco
El amor y finezas de tu Filis.

Sin duda ¡ó Demofonte! diste al viento
La vela y tus palabras al partirte;
Y ni la nave cumple lo que ofrece,
Ni tus palabras cumplen lo que dicen.

Díme ¿qué pude hacer que te agraviase,
Sino amarte sobrado, como lo hice?
Esta sola es mi culpa; mas por ella
No merezco en verdad que asi me olvides.

Un crímen hay en mí, yo lo confieso,
Y es que pude, hombre falso, recibirte;
Pero de un beneficio, si lo adviertes,
Tiene el valor y mérito este crímen.

¿A dónde esta la fe que me juraste?
¿A dónde está la diestra que me diste?
¿A dónde el dios de amor, que tantas veces
Pronunciaba tu labio al persuadirme?

¿A dónde el himeneo prometido,
Garante del enlace, que dijiste
Que en conyugal union correr haria
Nuestros años unidos y felices?

Tú por el mar juraste, cuyas ondas
Furiosos vientos chocan y dividen;
Juraste por el mar, que á surcar ibas,
Y cuyos riesgos antes conociste.

Por Neptuno juraste que es tu abuelo,
(Si en esto hablas verdad y no lo finges)
Por Neptuno, que puede de los mares
Serenar ó encender las fieras lides.

Por Venus me juraste, y por las armas
Del ciego Niño, que mi pecho oprimen,
Del Niño que me abrasa con su tea,
Y con su aljaba y arco me persigue.

Me juraste por Juno la divina,
Que en las bodas benéfica preside,
Y por Ceres en fin, asegurando
La palabra cumplir que aquí me diste.

Si de tantas deidades cada una
La debida venganza de tí exije,
No basta, Demofonte, tu persona
Las penas á pagar de tanto crímen.

Las fatigadas naves que yo misma
Reponer compasiva ó necia quise,
Fueron para que en quilla mas segura
Me abandonases, pérfido, con irte.

Y para que de mí fueras huyendo
Los remos y las velas te previne:
¡Infelice de mí que con mis armas
Herido el pecho se lamenta y gime!

Engañáronme dulces las palabras
En que abunda tu labio al producirse:
Engañáronme juntos tu prosapia,
Y el nombre que te ilustra, segun dices.

Engañóme tu llanto.... ¿Tambien este,
Cual tus palabras, pérfido, fingiste?
¿Las lágrimas tambien á derramarse
Enseña el arte, si la vez lo pide?

Engañáronme en fin los mismos dioses:
Pero tantos engaños ¿á qué unirse?
¿Cualquiera de ellos no bastaba solo
A burlar el candor de una infelice?

No la acogida que te dí me pesa
Cuando quise en mi reino recibirte:
¡Ojalá que éste solo hubiera sido
El único favor que me debiste!

Mas sí me pesa ¡ó cuánto! haber creido
Tus falsedades y lisonjas viles,
Por las que neciamente alucinada
Contigo ¡ay desdichada! llegué á unirme.

¡Oh! ¡Si la noche que anunció tal dia
La última fuera de mi vida triste!
Al sepulcro inocente y no culpada
Bajára entonces la engañada Filis.

Mejor suerte esperaba, imaginando
Haberla merecido con servirte:
Que es lícito esperar, si la esperanza
En el fundado mérito consiste.

Engañar á una jóven inocente
No es hazaña en verdad ardua y dificil,
Mereciendo favor, y no traiciones,
Un tierno corazon sencillo y simple.

Herida del amor, muger, y jóven
¿Qué mucho si engañarme conseguiste?
¡Hagan los dioses, que á lo menos éste
Pueda el último ser de tus ardides!

Y que se alce tu estatua, do se miran
De los hijos de Egeo las efigies;
Junto á la de Teseo, cuyo nombre
Ensalzan estos títulos sublimes:

,,Este es quien á Procusto dió la muerte,
,,Y al inhumano Seíron: quien de Sinis
,,Los miembros destrozó: quien á la tierra
,,Libró del Mïnotauro, monstruo horrible:

,,Quien á Tebas venció: quien puso en fuga
,,A los fieros centauros invencible;
,,Quien del negro Pluton al reino oscuro
,,Bajó en fin, á pesar del can trilingüe.

Cabe esta estatua pues, allá en Atenas,
La tuya y este título se fijen:
,,Este, á la amante que le dió acogida,
,,Hizo con sus engaños infelice.

Pues de los grandes hechos de tu padre,
De sus hazañas públicas é insignes;
A Ariadna abandonada con perfidia
Es tan solo la hazaña que aprendiste.

De entre tantas acciones, solamente
La que juzgó tu padre reprensible,
Es la única que admiras; y heredero,
Si no de las demas, de ella te hiciste.

Ariadna (no la envidio) ya disfruta
Un marido mejor, de engaños libre,
Y en elevado carro se pasea,
Del que tirando van pintados tigres.

Yo despreciada soy; y los de Trácia
(De quienes por tu causa me deshice)
Desprecian ya mi mano, porque ingrata
Un estrangero pude preferirles.

Y hay quien diga tal vez: ,,ya Filis puede
,,A Atenas la científica partirse;
,,Que en la guerrera Trácia, sin sus yerros,
,,Habrá sin duda quien mejor domine."

Asi suelen hablar. ¡Oh nunca el cielo
Las necias prediciones verifique,
De los que solo juzgan las acciones
Por el éxito bueno ó infelice!

Pero si tú volvieses; si tu nave
Otra vez á mis puertos se dirige;
Publicarán entonces mis aciertos
Cuando escogerte por esposo quise.

Mas ni yo tuve acierto, pues no tornas,
Ni te mueve el reinar para venirte,
Ni ya te bañarás, como solias,
Del Bistónio en las aguas apacibles.

Aun á mis tristes ojos todavia
El acto de tu ausencia se repite:
Paréceme estar viendo allá en el puerto
Tus naves ya dispuestas á partirse.

Entonces me abrazaste, y rodeando
Con tus brazos mi cuello, al despedirte,
Cual un amante tierno que se ausenta,
A hacerme otras caricias te atreviste.

Tus lágrimas, ingrato, con las mias
Vi por un largo rato confundirse;
Y al hincharse la vela aun te quejaste
De que fueran los vientos tan felices.

Arrancándote entonces de mis brazos
Estas palabras últimas dijiste:
„No llores ¡ay! espera ¡ó Filis mia!
„Que tu fiel Demofonte pronto arribe."

¿Qué tengo de esperar, si con engaños
Para nunca mas verme te partiste?
¿Qué tengo de esperar, si ya á tus naves
Acercarse á mis playas no permites?

Sin embargo, yo espero: haz con tu vuelta
Que mi amante esperar se realice:
Ven aunque tarde, ven; y haz de este modo,
Que en el tiempo, y no mas, tu falta estribe.

¿Mas para qué te ruego ¡ay desdichada!
Si el poderte volver tal vez lo impide
Alguna nueva esposa, ó nueva llama,
Que á mi suerte se opone y contradice?

Desde que me olvidaste hallarás otras,
Mas otra como Filis, imposible;
Y si tanto ¡ay de mí! me has olvidado,
Que puedas preguntar „cuál, ó qué Filis."

Aquella, Demofonte, que en un tiempo,
Cuando errante llegaste á sus confines,
Te abrió de Trácia los amigos puertos,
Y te dió la acogida que pediste:

La que con sus riquezas abundantes
Las tuyas aumentó sobrado humildes:
La que de dones te colmó indigente,
Y pensaba otros muchos conferirte:

La que puso en tu mano las provincias
Que el reino de Licurgo circunscriben;
Tan vastas y belígeras, que apenas
Por sola una muger pueden regirse;

Desde do se alza el Ródope nivoso
Y el Hemo, cuya cumbre se reviste
De umbrosas arboledas, hasta el Hebro,
Cuyas aguas el Póntico recibe;

La que en fin con auspicios tan funestos
Quiso tu esposa ser, aun siendo virgen,
Cuando con mano infiel y engañadora
El cinto virginal la desceñiste.

Tálamo desdichado, dó se oyera
De Tisifone el lamentar horrible:
Dó en lugar de los cantos de Himeneo
Solo se oyó del buho el canto triste.

Dó en vez de Juno, Alecto presidia,
Erizadas de víboras sus crines;
Y dó con las nupciales, bien pudieron
Las sepulcrales teas confundirse.

Con todo, á los peñascos y á las playas,
Sumida en la tristeza que me oprime,
Muchas veces me voy, y allí me siento
Donde los anchos mares se registren.

Ora caliente el sol la seca tierra,
Ora los astros de la noche brillen;
Observando me estoy cual viento reine,
Y si las ondas de la mar agite.

Si en tanto alguna vez allá en los mares
Algun lejano barco se percibe,
Figúrome al instante, y ya no dudo
Que en él mi Demofonte se aproxime.

Corro sin detenerme ácia la orilla,
A dó primero estiende el mar movible
Las espumosas aguas que mis pasos
No sin trabajo detener consiguen.

Y cuanto mas el barco se aproxima,
Mas mis fuerzas se agotan y se rinden,
Al ver mi desengaño; y caigo en tierra
Hasta que las esclavas me retiren.

Hay un seno en el mar en forma de arco
Bajo de una montaña inaccesible,
En cuyos dos estremos levantados
Grandes peñascos hórridos se erigen:

Desde esta elevacion quise resuelta
Precipitarme, y en el mar hundirme:
Y sin duda lo haré, pues tú resuelto
En tus engaños y mi mal persistes.

A tus playas entonces mi cadáver
Las olas llevarán, y cuando arribe,
Me ofreceré á tus ojos insepulta,
Pues asi con tus fraudes lo quisiste.

Porque al hierro, al diamente, y á tí mismo
Superes en dureza, hombre insensible;
Y esclamarás tal vez ,,¡ay Filis mia!
No así debiéras ¡ó dolor! seguirme."

Sí, moriré: mil veces con veneno
Me quise ya matar: otras mil quise,
Hundiéndome el puñal en las entrañas,
Acabar una vida que me aflige.

Otras veces en fin al acordarme
Que el cuello con los brazos me ceñiste,
,,Un lazo, dije, un lazo será ahora
,,Quien ciñéndome el cuello, me castigue.

Está resuelto ya: mi honor perdido
Muerte temprana y súbita indemnice;
Y en escoger la muerte que me acabe
Tiempo muy corto debe consumirse.

Y tú que de mi muerte eres la causa,
La causa que odiarán cuantos la miren,
Conocido serás en mi sepulcro
Por éste rubro ú otro que lo esplique:

A FILIS DEMOFONTE DIO LA MUERTE,
PERFIDO HUESPED, A SU AMANTE FIRME;
EL DIO LA CAUSA, Y ELLA EL INSTRUMENTO,
QUE EJECUTO CATASTROFE TAN TRISTE.

HEROIDA TERCERA.

ARGUMENTO.

Entre las cautivas que se repartieron los griegos de las ciudades que subyugaron en Frigia, cuando vinieron al sitio de Troya, tocó Briseida á Aquiles; mas habiéndosela quitado el rey Agamenon, se retiró aquel héroe á sus tiendas sin querer pelear, ni aplacar su enojo, aun cuando el rey arrepentido le devolvia su cautiva con muchos dones. Entonces Briseida escribe á Aquiles, quejándose de la facilidad con que la entregó, y de la obstinacion que muestra en recibirla: suplícale que la reciba, ya que no como esposa, siquiera como á su esclava.

BRISEIDA

Á

AQUILES.

Esta carta que ves, Aquiles, parte
De tu robada y mísera Briseida,
Muy mal escrita por mi mano en griego,
Pues esta locucion me es estrangera.

Advierte que si van dó quier borradas,
Mis lágrimas borraron estas letras,
Pero tambien las lágrimas contienen,
Para quien las entiende, su elocuencia.

Y si decir me es lícito, aunque esclava,
A mi dueño y esposo algunas quejas,
Algunas te diré como á mi dueño,
Y otras como á mi esposo en mi dolencia.

No es culpa tuya, no, que me entregáras
Al rey Agamenon, si asi lo ordena;
Pero sí es culpa tuya el entregarme
Con tanta prontitud, con tal presteza.

Pues apenas Taltibio y Euribates,
De Agamenon ministros, en tu tienda
Se presentaron á pedirme, cuando
Al instante quedé su prisionera.

Admirados entonces, uno al otro,
Y sin que una palabra profirieran,
Se miraron los dos, como quien dice,
¿A dónde está el amor que la profesan?

Bien pudiste oponerte. ¡Oh que agradable
Me hubiera sido allí tu resistencia¡
Pero entregada al punto ¡ay infelice!
Ni aun pude acariciarte cual quisiera.

Solamente á mis lágrimas amargas,
Para llorar sin fin, solté la rienda,
Y arranquéme el cabello, contemplando
Que por segunda vez me hallaba presa.

Engañando á mis guardias, muchas veces
Pensé volverme huyendo, á tu presencia;
Mas si acaso escapaba de los griegos,
A dar en los troyanos iba espuesta.

Y si hubiera salido, me temia,
Que si ellos por mi mal, me sorprendieran,
Aunque indigna, cual don me presentasen
Del anciano Priamo á alguna nuera.

Mas ya que fue preciso el entregarme,
¿Cómo tan largo tiempo así me dejas?
¿Cómo sin reclamarme estás tranquilo?
¡Oh ¡qué pronto tus iras se moderan!

No lo esperaba así cuando Patroclo
Me dijo al entregarme en voz secreta:
,,Por qué tanto llorar? Enjuga el llanto,
Que poco tiempo durará tu ausencia."

Mas no basta ¡oh dolor! que no me pidas;
Antes parece, ingrato, que te empeñas
En impedir mi vuelta. ¿Y de este modo
Dirás que eres mi amante y que me anhelas?

De Telamon y Amíntor los dos hijos,
Ayax y Phenix con Ulises fueran,
Siendo de aquellos tu pariente el uno,
Tu compañero el otro en paz y guerra;

Por Atrida enviados á rogarte
Que aplacado tu enojo me admitieras,
Apoyando su súplica elocuente
Con esquisitos dones y preseas.

Veinte vasos hermosos de luciente
Y encendido metal de labor diestra,
Siete elegantes trípodes iguales
A los vasos en gusto y en riqueza;

Doce fuertes caballos, avezados
A vencer en la lid y en la carrera,
Y diez talentos de finísimo oro
Que con los vasos iban y las mesas;

Y aun (lo que para tí no era preciso)
Siete de Lesbos cándidas doncellas,
Que entre las mas hermosas, otro tiempo
En la ciudad vencida se escogieran.

Con estas ademas, para tu esposa
(Bien que no necesitas ya tenerla)
De las tres hijas jóvenes y hermosas
Del rey Agamenon la que quisieras.

¿Cómo te niegas pues á recibirme
Con los preciosos dones y riquezas,
Que dar por mi rescate deberias,
Si tú de Agamenon me redimieras?

¿Con cuál culpa ¡ay ingrato! he merecido
Que con desprecio por tan vil me tengas?
¿El decantado amor que me tenias,
Adónde huyó con tanta ligereza?

¿Será, que al que una vez es desdichado
Persigue sin cesar fortuna adversa?
¿Será, que ya jamás á mis desdichas
Esperanza de alivio alguna queda?

Los muros de Lirneso ví yo misma
A tu valor rendidos y á tu fuerza;
De Lirneso, mi dulce y cara pátria,
De quien era yo parte no pequeña.

En su devastacion mis tres hermanos,
Que de mi infancia compañeros eran,
Tambien lo fueron de mi triste suerte,
Y vílos perecer en lid sangrienta.

A Minetes tambien, mi triste esposo,
Sin que empuñar el cetro le valiera,
Ví revolcarse pálido en la sangre
Con que él mismo empapó la dura tierra.

De todas estas pérdidas pensaba
En tí solo encontrar la recompensa,
Pues tú mi hermano, mi marido y padre
En mi horfandad y soledades fueras.

Y tú, jurando por tu madre Tetis,
Del proceloso mar acuosa dea,
En mi desolacion me aseguraste,
Que mejoraba en ser tu prisionera.

¡Sin duda he mejorado, pues dotada
Con tan ricos presentes me desprecias,
Y por no recibirme, no recibes
Tanta riqueza y don que te presentan!

Y aun para colmo de mi mal, se dice
Que mañana al instante que aparezca
La nueva aurora, tú para tu pátria,
Sin temor á los vientos, das la vela.

Cuya negra maldad á mis oídos
¡Miserable de mí! llegára apenas,
Cuando huyendo la sangre de repente
Quedó mi pecho sin vigor ni fuerzas.

Te irás, Aquiles; ¡ay! te irás: ¿y en dónde,
Y á quién, cruel, ¡ay mísera! me dejas?
Abandonada entonces ¿habrá acaso
Quien me consuele, quien de mí se duela?

¡Primero, ó dioses, ábrase improviso
Y en sus abismos trágueme la tierra!
¡Primero un rayo en rutilante fuego
Me abrase y aniquile mi existencia!

Que contigo y sin mí tus pitias naves
Las canas ondas de los mares hiendan;
Y que quedando abandonada y sola
A tu pátria, sin mí partir las vea.

Mas si tornarte ya, resuelto quieres,
Si á tus dioses penates ver anhelas;
En verdad que no soy tan grave carga
Para que embarazar tu armada pueda.

Cautiva, al vencedor iré siguiendo,
Ya que seguirlo esposa se me niega;
Y no seré gravosa, pues mis manos
Inútiles no son para las telas.

Si acaso otra beldad para tu esposa
Quisieres escoger entre las griegas,
La beldad que escogieres (no me opongo)
Ocupe mi lugar en horabuena.

De tu padre Peleo, ilustre nieto
De Egina y Jove, nuera digna sea,
Y tu abuelo Nereo, dios marino,
Tampoco, Aquiles, se desdeñe de ella.

Que yo ocupada en rústicas labores
Y destinada al huso y á la rueca,
Mostrándome contenta con mi suerte,
De tu esposa seré sumisa sierva.

Que no me trate mal es solamente
La gracia que te pido me concedas;
Bien que no alcanzo yo por qué motivo
Hubiera de mostrárseme severa.

Suplícote tambien no la permitas
Que el cabello me arranque en tu presencia;
Antes bien díla entonces compasivo:
„Tambien mi esposa fue; no asi la ofendas."

O bien, que me maltrate; nada importa,
Con tal que no me dejes, si te ausentas:
¡Despreciada! ¡ay de mí! solo al pensarlo
Tiemblo, y mi sangre de temor se hiela.

Mas ¿por qué resistir, Aquiles mio?
Arrepentido Agamenon te ruega,
Sus iras deponiendo, y afligida
Ante tus pies está toda la Grecia.

Y supuesto que tú todo lo vences,
Vence tus iras, vence tu fiereza.
¿Por qué ha de destrozar el valiente Hector
Ante tus ojos las argivas tiendas?

Toma, toma las armas, fuerte Aquiles,
Mas recibe primero á tu Briseida;
Y con brazo invencible á los troyanos
Vence, persigue, despedaza, ahuyenta.

Si por mí tus enojos se encendieron,
Que por mí tus enojos se suspendan;
Y tenga yo por fin la dulce gloria
De ser causa y ser fin de tus querellas.

Ni juzgues deshonroso concederme
Lo que mi amor y súplicas te ruegan:
Que Meleagro se venció á los ruegos
De su fiel Cleopatra, y fue á la guerra.

Yo he escuchado su historia y tú la sabes:
Los dos hermanos de su madre Althea
Murieron á sus manos, y ella entonces
Maldijo á Meleagro en su dolencia.

Encendióse la guerra, y él airado
Deja las armas y de allí se aleja;
E insistiendo tenaz en sus enojos,
Ausilio y armas á su pátria niega.

Solo su esposa consiguió vencerlo.
¡Oh! ¡qué feliz en conseguirlo fuera!
¡Y no yo miserable y desdichada
Cuyos ruegos y lágrimas desprecias!

Con todo, no me indigno; que yo nunca
Usurpé de tu esposa la excelencia,
Y aun cuando como tal tú me tratabas,
Siempre te obedecí como tu sierva.

Y si tal vez alguna esclava tuya
Señora, me llamó (bien se me acuerda),
,,Mi esclavitud agravas, la decia,
Cuando á ese rango tu bondad me eleva."

Mas si algunos recelos te detienen...
Por las cenizas de mi esposo yertas,
Que apenas pude sepultar, y honradas
Serán siempre por mí con reverencia;

Y por los manes de mis tres hermanos,
Almas llenas de honor y fortaleza,
Que por mi pátria y con mi pátria yacen
Muriendo con valor en su defensa;

Por tu vida tambien y por la mia,
Unidas ya de amor en la cadena,
Por tus armas en fin; armas que fueron
A mi esposo y hermanos tan funestas;

Te juro que jamás á mi persona
Llegó á tocar Agamenon siquiera:
Y si en esto te engaño, quiero, Aquiles,
Que me abandones, y jamás me veas.

¿No es verdad ¡ay Aquiles! que si ahora
De tu fidelidad iguales pruebas
Te exigiera mi amor, tú no podrias
Jurar lo que juró mi fe sincera?

Piensan los griegos que por mí estás triste:
Pero tú con la cítara te alegras,
Engolfado tal vez en las caricias
De otra nueva beldad que te embelesa.

Y si alguno pregunta; por qué causa
Evitas presentarte en las peleas,
Es que la lira y amorosas lides
Muy mas que las de Marte te recrean.

„Mas seguro, dirás, es á una jóven
Decir enamorado mil ternezas,
Y mas seguro de la trácia lira
En mi tienda pulsar las dulces cuerdas;
(cudo,
Que embrazar con la izquierda el fuerte es-
Y la ferrada lanza con la diestra;
Y mas seguro que llevar el casco
Asegurado y firme en la cabeza."

Mas yo me acuerdo, Aquiles, que algun dia
Amabas mas que el ocio, las empresas,
Y que era para tí mucho mas dulce
El laurel adquirido en las contiendas.

¿O por ventura solo al cautivarme
Probaste tu valor en lid horrenda?
¿O por ventura yace con mi pátria
La gloria de tus ínclitas proezas?

¡O nunca sea! y antes, cual lo pido,
Hagan los altos dioses, que tu férrea
Lanza, vibrada por tu fuerte brazo,
Traspase de Hector las entrañas fieras.

¡Griegos, enviadme á mí! Cual á mi dueño,
Llevaré á Aquiles la embajada vuestra:
Que yo prometo al dársela, á mis ruegos
Mezclar amante mil caricias tiernas.

Mas que su preceptor y amigo Fenix,
Mas que del sabio Ulises la elocuencia,
Y mas (no lo dudeis) que Ayax su primo,
Conseguirá mi amor de su entereza.

Que de algo ha de servir su amado cuello
Con brazos estrechar, cuyas finezas
Conoce ya, y tal vez mi antiguo influjo
A nacer volverá cuando me vea.

Que aunque mas inflexible, Aquiles mio,
Que el mar enfurecido te sostengas,
Y aun dado caso que mi labio calle,
Ablandará mi llanto tu dureza.

¡O fortísimo Aquiles! (asi logre
Tu idolatrado padre edad perfecta,
Y asi consiga Pirro aventajarse
A tu lado en el arte de la guerra):

Te ruego que me mires compasivo,
Y de mi largo afan te compadezcas;
No quieras insensible aniquilarme
Con esa prolongada indiferencia.

O si tal vez en odio se ha tornado
El amor que otro tiempo me tuvieras,
Oblígame á morir mil veces antes
Que obligarme á vivir sin tí y agena.

Mas ya á morir me obligas, pues advierto
Que pálido mi cuerpo ya flaquea,
Y si no acabo de espirar, es solo
Que la esperanza y el amor me alientan:

Si me falta la cual, bajaré luego
Con mi esposo y hermanos á la huesa;
Y en verdad que tu gloria, Aquiles mio,
No ha de crecer mandando que yo muera.

¿Mas para qué mandarlo? Tú; tú mismo
Hunde en el pecho de tu amante tierna
Tu cuchilla fatal, que aun tiene sangre,
Y la verás correr en larga vena.

Húndeme tu cuchilla, aquella propia,
Que á no estorbarlo la veloz Minerva,
Hundido hubieras en el hondo pecho
Del rey Agamenon con ira ciega.

Pero no, dueño mio: antes la vida,
Que me diste al hacerme prisionera,
Consérvame hoy, que pido como amiga
Lo que como á enemiga antes me dieras.

Que la neptunia Troya, tu contraria,
A tu acero dará noble materia;
Y en lugar de mi sangre, la troyana
Puedes bien derramar con fama eterna.

Y á mí, como señor y dueño mio,
Mándame conducir á tu presencia,
Ora á tu pátria partas en tus naves,
Ora en el campo griego permanezcas.



HEROIDA CUARTA.

ARGUMENTO.

Habiendo Teseo vencido al minotauro en el laberinto de Creta, volvió á su pátria robándose á Ariadna y Fedra, hijas del rey Minos: la segunda de estas se enamoró de Hipólito, hijo de Teseo y de la amazona Hipólita, y no atreviéndose á declararle su amor de palabra, lo hace por escrito, insinuándose con delicadeza, y disculpando su arrojo con la fatalidad que parece anexa á su familia. Lo exhorta á que corresponda á su amor, templando la dureza que le daba el ejercicio de la caza, en que se ocupaba esclusivamente, y le dice que no tema á su padre, alegando el poco afecto que este le profesaba, de lo cual le espone varias pruebas.

FEDRA

Á

HIPÓLITO.

Fedra, jóven cretense, al amasonio
Hipólito salud, ausente envia;
Salud de que sin duda careciera
Si tú no se la dieras á ella misma.

No omitas hasta el fin renglon alguno
En la lectura de estas breves líneas:
¿qué daño te ha de hacer? tal vez en ella
Algo hallarás, que de placer te sirva.

Bien sabes que en las cartas los secretos
De importancia mayor se depositan;
Y hasta los enemigos ven las cartas
Que tal vez los contrarios les envian.

Tres veces quise hablarte, y otras tantas
La lengua inmóvil se negó remisa
A prestarme su auxilio, y en el labio
Se ahogó la voz que proferir queria.

Mas ya que el mismo amor, pudor exige,
Lo que el labio rehusó, la pluma diga:
Que las cosas, que dichas avergüenzan,
Manda el amor que sin hablar se escriban.

Y advierte que tal vez es peligroso
Las cosas despreciar que el amor dicta,
Cuando hasta en las deidades soberanas
Su imperio estiende y su poder domina.

Yo pues, al escribirte vacilaba;
Díjome empero amor ,,¿por qué vacilas?
Escribe, y lo verás rendirse luego,
Por mas que en duro bronce el pecho ciña."

¡Hágalo el ciego dios! y cual abrasa
En vivo fuego las entrañas mias,
Hiera tambien las tuyas, y las torne
A mis desvelos y anhelar propicias.

No romperé jamás con negro crímen
Los dulces lazos con que amor me liga,
Pues quiero conservar mi antigua fama,
Que bien sabrás cual es, si lo averiguas.

Cuanto mas tarde amor hirió mi pecho,
Con tanto mas rigor me martiriza,
Pues me abraso, y resisto, y mas me abraso,
Y es incurable ya tan honda herida.

Cual al novillo tierno el primer yugo
La cerviz no domada mas lastima,
Y cual el potro de manada libre
Sufre apenas el freno que lo humilla:

Así á mi pecho nunca enamorado,
Es el primer amor que lo domina,
Y apenas sufre la pesada carga
De la llama de amor no conocida.

En arte dócil el amor se torna
Cuando en la tierna juventud principia;
Mas cuando viene tarde ¡ay! ¡cual destroza
El inesperto pecho do se anida!

Tú que antes que otro, Hipólito, encendiste
En mi seno la llama que lo agita,
Serás mi amor primero, y ambos juntos
Probaremos á un tiempo sus heridas.

Que es dulce cosa de árbol abundoso
El primero cortar la no cogida
Fruta; y es dulce cosa en los rosales
Coger la rosa que primero brilla.

Y bien puedo llamar amor primero
Al que en mi pecho se encendió á tu vista;
Pues si no desdeñé de otro el cariño,
Fue obligacion en mí, mas no caricia.

¡O cuanto me complazco en que tú seas
Quien lleve de mi afecto las primicias!
Pues siendo tú de mi cariño objeto
Nadie podrá llamar mi llama indigna.

Si á su esposo tal vez para mi amante
Me quisiera ceder Juno divina,
Entre Hipólito y Jove, no lo dudes,
A Hipólito, y no á Jove, escogeria.

Apenas lo creerás; mas ya la caza,
Viéndote siempre en ella, es mi delicia,
Y ya, cual tú, quisiera, aunque inesperta,
Tras las fieras correr y perseguirlas.

Ya es mi deidad la cazadora Delia,
Insigne por sus armas y pericia:
Mi primera deidad, pues es la tuya,
Puesto que mi aficion la tuya imita.

Agrádame en los bosques internarme,
Y avivar á los perros á que sigan
A los venados por los altos montes,
Las redes de antemano prevenidas;

Agrádame, blandir con firme brazo,
El trémulo venablo que se vibra,
O reclinar el fatigado cuerpo
Sobre la verde yerba florecida:

Dirigir otras veces en la arena
El carro volador es mi delicia,
Rigiendo con el freno á los bridones,
Que cual exhalacion se precipitan.

Ora corro furiosa, cual bacante
Perturbada del estro que la agita,
O cual sacerdotiza de Cibeles
Cuando el tímpano suena en el monte Ida.

Ora voy como aquellas infelices
Que inspiradas del numen de las Drias,
O de bicornes Faunos, se enfurecen
Y atónitas do quier corren perdidas.

Que todas estas cosas me refieren
Despues que mis furores se mitigan;
Y es que el callado amor arde en mi pecho,
Y á tales cosas su furor me incita.

Tal vez este furor en mis amores
Patrimonio es fatal de mi familia,
Y acaso Venus mi linage todo
Este tributo quiere que la rinda.

Júpiter amó á Europa; jóven bella,
(Primer origen de la sangre mia)
Tan ciego, que de un toro en la figura
Ocultó su deidad y sus intrigas.

Mi madre Pasifae, mas furiosa
De otro toro al amor quedó rendida,
Y dando á luz al fiero Minotauro,
Negar no pudo su pasion inicua.

Ariadna mi hermana amó á Teseo
Que con el hilo que le dió por guia,
Dando muerte á mi hermano, del torcido
Laberinto logró salir con vida.

Tambien adoro yo, porque no acaso
Se juzgue que no soy de Minos hija,
Sujetándome la última á la estrella
Que en mi infelice casa predomina.

Tambien con doble lazo el hado quiso
Enlazar á tu casa con la mia:
Decidida mi hermana amó á Teseo,
Yo al hijo de Teseo amo rendida.

Hipólito y Teseo que supieron
Inspirarnos de amor la llama activa,
Bien pueden en su casa, de la nuestra
Dos victorias contar, en dos cautivas.

¡Oh! ¡si cuando vosotros principiabais
Los misterios de Ceres eleusina,
Lejos de vuestra pátria seductora
Me hallára yo de Creta allá en los climas!

Entonces ¡ay! entonces como nunca
Me arrebató tu hermosa gallardía,
Y si antes te adoraba, entonces ¡cielos!
Tornáronse incurables mis heridas.

Cándida era tu veste, y frescas rosas
Las juveniles sienes te ceñian,
Brillando hermosas tus megillas albas
En ruborosa púrpura teñidas.

Tu rostro varonil, que algunas otras
Rígido y truculento denominan,
A los ojos de Fedra solamente
Valiente y vigoroso parecia.

Lejos de mí los jóvenes que vanos
Con lúbricos adornos se afeminan,
Que el varonil y vigoroso aspecto
Con moderado adorno solo brilla.

Esa noble fiereza en tus miradas,
Ese pelo que el arte no cautiva,
Y hasta el polvillo que tu rostro lleva
Tu persona gentil hacen mas digna.

Si del fuerte bridon el cuello indócil
Con destreza recoges, ó declinas,
El revolver me agrada de los cascos
En estension tan breve y reducida.

O si el asta bruñida y ponderosa
Con brazo diestro y esforzado vibras,
Mis ojos arrebata de tu brazo
La gallarda destreza y valentía.

O si el venablo empuñas acerado,
Cuando herir á las fieras determinas,
El venablo, y en fin cuanto ejecutas
Todo me da placer, todo me admira.

Quisiera solo que en las duras selvas
Esa dureza que en mi daño abrigas
Dejáras de una vez, pues no merezco
Que tu rigor acabe con mi vida.

¿De qué sirve á Diana eternamente
Seguir en fatigosa cacería,
A Venus, usurpando el dulce tiempo
Que tal vez dedicarla deberias?

No puede durar mucho el ejercicio
Que carece de blanda alternativa,
Que el descanso las fuerzas corrobora,
Y al fatigado cuerpo vigoriza.

Si el arco (y tú debieras de Diana
Las armas imitar si á ella la imitas)
Está tirante siempre, al fin se afloja,
Y aflojado una vez, se inutiliza.

Era famoso Céfalo en las selvas,
Que tambien á las fieras perseguia,
Y muchas de ellas en la verde grama
Miráras á sus pies quedar tendidas:

Mas no por eso desdeñaba ingrato
Del Aurora el amor y las caricias;
Antes con tierno amor la diva hermosa
Era del cazador siempre acogida.

Mil veces á la diosa de Citeres
Y al bello Adonis, hijo de Cinira,
Gran cazador, la yerba blando asiento
Bajo la sombra dió de las encinas.

Meleagro igualmente ardió en la llama
Que encendido Atalanta en él habia;
Y ella el despojo tuvo de una fiera,
Cual prenda del amor bien espresiva.

Aumentemos por fin tambien nosotros
Esta turba de amantes escojida;
Que si á Venus escluyes de los bosques
Rústica y despreciable es la campiña.

Hazme tu compañera en tu ejercicio,
Y verás que á tu lado siempre fija,
Ni el colmilludo javalí me aterra,
Ni los duros peñascos me intimidan.

Do el itsmo de Corinto inquietas bañan
Las aguas de dos mares divididas,
Cuyo terreno angosto y reducido
Al uno y otro mar oye y registra;

Allí contigo habitaré gustosa
De tu abuelo Pitheo en las provincias,
Pues Trezena tu pátria, ciertamente
Me es ya mas grata que la pátria mia.

Si á tu padre Teseo acaso temes,
A gran distancia de Trezena habita,
Y siempre habitará, pues lo detiene
De Piritóo la amistad antigua.

Antepuso Teseo al ausentarse
(Si no negamos cosas conocidas)
Al amor y asistencia que te debe,
De Piritóo el lado y compañía.

Y si he de hablar verdad, no es esta sola
La injuria con que así nos desobliga,
Que en cosas muy mas graves á uno y otro
El ingrato Teseo nos lastima.

Con su clava nudosa él á mi hermano
En sanguinosa lid quitó la vida;
Y abandonó á mi hermana en un desierto,
Hecha presa de fieras homicidas.

Hipólita, guerrera valerosa,
Entre las amazonas distinguida,
A quien por dicha la existencia debes,
De un hijo como tú, fue madre digna.

Si donde está, preguntas, ya Teseo
Hundió en su seno su feroz cuchilla,
Sin que arrancarla á su furor bastase
La atencion que por tí se la debia.

Y por mas agraviarte nunca quiso
A su persona como esposa unirla,
Sin duda porque así, siendo bastardo,
No heredases el cetro que regia.

Y en fin, si te estimára, de otra madre
Hermanos no te diera su perfidia:
Hermanos que en tu daño solamente
El por su voluntad educa y cria.

¡Oh! ¡si la triste madre en quien los tuvo,
Con detrimento tuyo, seducida,
Inocente espirára antes que necia
Se rindiese del falso á las caricias!

*

Y á vista de tu daño y sus acciones
¿Temerás á Teseo todavia?
El huye, como ves, de tu presencia,
Y con vil proceder te perjudica.

Apresúrate pues, y en lazo eterno
Unamos para siempre nuestras dichas,
¡Así el amor, que crudo me destroza,
Jamás te haga probar su tiranía!

No me desdeño ya de suplicarte
Tu piedad implorando, á tí rendida.
¡Infelice de mí! ¿dónde se han ido
Mi orgulloso desden y altanería?

De vencer mi pasion y no rendirme
Al ciego amor que así me tiraniza,
¡O cuan segura estaba! ¿pero cómo
Seguridad en el amor cabria?

Hija soy de un monarca; mas con todo
Vencida imploro tu piedad benigna:
Me degrado, es verdad; ¿pero qué amante
Ciego de amores su deber no olvida?

Huyó de mí el pudor, desamparando
Cual soldado cobarde sus insignias.
Perdona á quien culpada se confiesa,
Y ablanda ese rigor con que me miras.

¿Qué me sirve, si no, que Minos sea
Mi padre, y que tan vasto imperio rija?
¿Qué me sirve tener por bisabuelo,
Al que los rayos del Olimpo envia?
(abuelo,
¿Qué me aprovecha en fin que el sol mi
Velada en viva luz su faz divina,
En rubicundo carro conducido
Dé su dulce calor al claro dia?

Todo cedió al amor: duélase al menos
De mis progenitores tu hidalguia;
Y si yo compasion de tí no alcanzo,
Mis mayores al menos la consigan.

La populosa Creta, isla de Jóve,
Con sus dominios es la dote mia;
Y yo quiero que Creta y sus dominios
A mi querido Hipólito se rindan.

Cede al amor en fin: ¿mi madre pudo
Una fiera rendir á sus caricias,
¿Y tú así me desoyes? ¿tus entrañas
Mas que de fiera son endurecidas?

Ten de mí compasion: ¡por la gran Venus,
Que vive en mí, mi amor te lo suplica!
Así la que tú adores, nunca pueda
A tu rendido amor mostrarse esquiva.

Así en los bosques escabrosos, Delia
Agil en tu favor siempre te asista,
Y el alta selva fieras te produzca
Que pueda perseguir tu valentía.

Así á los faunos, sátiros y todas
Las deidades del monte halles propicias;
Y traspasado con tu lanza el pecho,
El fiero javalí caiga y se rinda.

Y así las ninfas bellas (aunque todos
Dicen que desdeñoso las esquivas)
Para apagar tu sed en los calores,
Agua te ofrezcan trasparente y fria.

Y por si no bastaren tantos ruegos,
A los ruegos las lágrimas se sigan;
Y cual ves mis renglones, haz de cuenta
Que ves correr el llanto en mis mejillas.



HEROIDA QUINTA.

ARGUMENTO.

Hallándose grávida Hécuba, muger de Priamo, rey de Troya, soñó que pariria una hacha que incendiaria la ciudad, por lo que su esposo mandó que se diese muerte al infante que naciera. La reina compasiva entregó ocultamente su hijo á los pastores del rey, entre los cuales se educó, y se casó con la ninfa Enone. Descubriéndose despues ser este pastor, llamado Páris, hijo de Priamo, lo envió su padre á Esparta, de donde se trajo robada á Helena, muger de Menelao, rey de Micenas. Su esposa Enone se queja en esta carta de su perfidia, le recuerda su mucho amor, y concluye suplicándole vuelva á su cariño compadeciéndose de sus penas. (Véase la heroida décima sesta).

ENONE

Á

PÁRIS.

¿Lees la carta, ó bien tu nueva esposa
Zelosa te prohibe su lectura?
Mírala sin temor; no es de Micenas
La mano que te escribe y te saluda.

Es de Enone tu esposa, aquella ninfa
Tan célebre de Frigia en las llanuras,
Que ofendida de tí, de tí se queja,
Si su quejoso hablar la disimulas.

¿Qué deidad, dime, su poder divino
Opuso á nuestros votos y ternura?
¿Para dejar de ser tu esposa, díme,
Mi delito cuál es? ¿cuál es mi culpa?

El mal que se merece, con paciencia
Podrá sobrellevar el que lo sufra:
Pero la pena nunca merecida
¿Se podrá tolerar sin amargura?

Aun eras pastorcillo, cuando alegre
Te admití por esposo en nuestras nupcias;
Y yo, nacida de un famoso rio,
Era ninfa inmortal desde mi cuna.

Aun eras de Priamo solamente
(Perdona esta verdad si no te adula)
Un triste ganadero, y yo con todo
En lazo conyugal sufrí ser tuya.

Mil veces á la sombra de algun árbol,
Entre el ganado que la yerba rumia,
Descansamos, sirviéndonos de alfombra,
Mezclada con las flores, la verdura.

Otras mil recostados sobre el heno,
Mullido lecho que en el Ida abunda,
En humilde chocilla nos libramos
De las blancas escarchas y las lluvias.

¿Quién te mostraba, dí, para la caza
El paraje mas apto y coyuntura?
¿Quién te enseñaba en qué lugar solian
Sus hijos ocultar las fieras brutas?

Mil veces en los bosques las nudosas
Redes, tendí contigo en parte oculta,
Y otras mil tras las fieras á los galgos
Instigaba tambien en la espesura.

Aun conservan las hayas todavia
De mi esculpido nombre las cisuras,
Y vése en ellas la palabra Enone,
Que tú grabáras con aguda punta.

Me acuerdo que hay un álamo á la orilla
Del rio Xanto, que su pie fecunda,
Y se vé, conservando mi memoria
En su dócil corteza, una escritura.

Y al par mi nombre de las toscas hayas
Escrito por do quier crece y se abulta:
Creced, ¡oh! sí, creced, que de mis glorias
Los títulos sereis, hayas robustas.

Vive, vive feliz ¡álamo ilustre!
Crece del Xanto en la ribera musga,
Y conserva mi nombre en esos versos,
Que guarda tu corteza en sus arrugas.

Antes que el firme Páris abandone
A Enone á quien amor eterno jura,
Se verá que del Xanto las corrientes
Cambiadas, á su origen se apresuran.

Tórnate Xanto, ya, y haz que tus aguas
Hácia su origen presurosas suban;
Pues el pérfido Páris á su Enone
Abandonó con falsedad perjura.

Todo el principio fue de mi desgracia,
Y empezó de mi amor la estacion cruda,
En aquel negro dia, triste anuncio
De tu infame traicion y mis angustias;

En que Juno con Venus y Minerva,
Muy mas bella con armas que desnuda,
Remitidas á tí, se presentaron
El premio á disputar de la hermosura.

Al punto que este caso me contaste,
Atónito mi pecho entre mil dudas,
Latió anhelante, y un temblor helado
Discurrió por mis huesos y medulas.

Tanto fue mi terror, que de allí luego
Llevé, toda turbada, mi consulta
A los viejos y ancianas, que conformes:
Algun mal, me dijeron, *se te anuncia.*

Córtase luego el pino, y las maderas
Aptas para los barcos se acumulan:
Fabrícanse las naves, y acabadas
Recibiólas por fin la mar cerulea.

Partiste: y al partir corrió tu llanto;
No niegues á lo menos tu ternura,
Que no el antiguo debe avergonzarte,
Sino ese nuevo amor con que me insultas.

Lloraste en fin, y viste de mis ojos
Las lágrimas correr, que fueron muchas;
Y en tristeza sumidos vimos ambos
Mis lágrimas mezclarse con las tuyas.

No así á los olmos las torcidas vides
Amorosas se estrechan y se juntan,
Como tus brazos de mi cuello en torno
Se anudaron amantes como nunca.

Me acuerdo que al quejarte de que el viento
Era contrario á la forzosa ruta,
Se sonriyeron todos de tu queja,
Porque soplaba el viento en derechura.

¡Cuántas caricias, ay! ¡cuántas me hiciste,
Que repetiste con terneza suma!
¡Y cuán apenas tu amorosa lengua
El *adios* pronunció turbada y muda!

Por fin el aura leve hinchó la vela,
Que del mastil pendiente iba segura,
Y con los remos sacudida el agua
Comenzóse á cubrir de blanca espuma.

Sigo infeliz con los turbados ojos,
Que agolpadas las lágrimas anublan,
La nave que te aleja en cuanto puedo,
Y en tanto mi llorar el suelo inunda.

Y para que muy pronto retornases,
A las glaucas nereidas importunan
Mis ruegos.... ¡Infelice! ¿quién creyera
Que les rogaba yo mi desventura?

Volviste, sí; volviste por mis ruegos,
Mas fue para otra que mi amor usurpa:
¡Necia de mí, que fui tan compasiva
Con esa Helena para mí tan dura!

Hay un alzado monte en la ribera,
Desde cuya escarpada y tosca altura
Se vé el inmenso mar, que con sus olas
Contra la inmóvil masa en vano pugna:

Allí yo en vigilancia, la primera
Las velas conocí de tu falúa,
Y acometióme un ímpetu al mirarla
De arrojarme á las ondas en tu busca.

Mientras vacilo así, desde la proa
A mis ojos brilló veste purpúrea,
Y estremecíme al punto, pues sabia
No ser de aquel color tu vestidura.

Acércase la nave y toca en tierra,
Conducida del viento que la impulsa;
Y descubriendo de muger un bulto,
Temblorosa quedé, quedé confusa.

No fue esta sola de mi mal la causa,
¿Cómo pude quedarme irresoluta?
La miserable adúltera sentada
Estaba en tus rodillas ¡ó qué furia!

Rasguéme entonce el inocente seno,
Y heríme el pecho en rabia furibunda,
Sin perdonar mis manos las megillas,
Que inundaban sin fin lágrimas turbias.

De querellosos gritos llené el monte
Sin poder mas en tan atroz angustia;
Y de allí llevé al Ida mis gemidos,
Do está mi habitacion, ya sola y viuda.

¡Así llorando mi rival un dia,
Abandonada de su esposo, sufra,
Y reducida á padecer se vea
Las que antes yo por ella sufro angustias!

Ya cual príncipe tienes quien te siga
Por las inquietas ondas mal seguras,
Y quienes por seguirte aventureras,
Abandonando á sus maridos, huyan.

Mas cuando fuiste pobre pastorcillo
Los ganados llevando á la pastura,
Del pobre pastorcillo solamente
Enone fue la esposa, y no otra alguna.

Ni admiro tus riquezas, ni me mueve
De ese tu alcázar la grandeza augusta;
Ni vana de las nueras de Priamo
Aspiro á ser contada entre la turba.

Y no porque tu padre desdeñase
A una ninfa tener por nuera suya,
Ni para serlo de Hécuba tuviera
Que ocultar el origen que me ilustra;

Que siendo hija de Xanto, ser esposa
De un príncipe merezco por mi cuna.
Y no se degradára entre mis manos
El cetro que los príncipes empuñan.

6

Ni me tengas en poco porque un tiempo,
Contigo entre las hayas, la menuda
Yerba mi asiento fue, cuando soy digna
De ocupar el asiento que hoy ocupas.

Mi cariño ademas, no te es funesto,
Ni por él crudas guerras te resultan,
Ni vengadoras naves por mi causa,
Para tu destruccion, los mares surcan.

Por la pérfida Helena solamente
Tantas armas mortíferas te buscan;
Que esta es la dote que te trajo, fiera
De ocasionar tan áspera disputa.

La que si á Menelao su marido
Tiene ó no de volverse por ventura,
A tus hermanos Hector y Deifobo,
O al gran Polidamantes lo pregunta.

Lo que el sábio Antenor y el rey Priamo
Acerca de esa mísera discurran,
Bien puedes consultar, que en su esperiencia
Respuesta encontrarás cierta y segura.

Preferir una adúltera á la pátria
Fuera cosa torpísima y absurda,
Que á par que es vergonzosa tu perfidia,
Es del griego la guerra clara y justa.

Y á no estar ciego vieras que en Helena
Mal se podrá encontrar firmeza alguna,
Que quien dejó á su esposo por seguirte,
Tambien te dejará si otro la adula.

Cual ora gime el triste Menelao
Al ver trozada la nupcial coyunda
Por la traidora Helena, y se lamenta
Ofendido de que otro la conduzca;

Así tú gemirás: que en vano esperas
Que quien holló su honor contigo cumpla:
Una vez el pudor solo se pierde,
Y perdido una vez, no tiene cura.

Dirásme que te adora; ¿mas lo mismo
No aseguró á su esposo veces muchas?
Con todo, él yace solo en aquel lecho
Que abandonó la ingrata sin cordura.

*

No así Andrómaca fiel, á quien constante
Hector tu hermano colma de venturas:
¡Oh! ¡si cual él la trata me tratáras!
Fuera mi dicha entonces sin segunda.

Pero eres menos firme que las hojas,
Que con la falta del humor enjutas,
Se secan, y del árbol se desprenden,
Por poco que el fabonio las sacuda.

Y eres mas quebradizo que el arista,
A quien ardientes los calores chupan
Todo el jugoso humor, y árida torna
El sol que en abrasarla continúa.

Me acuerdo, aunque ya tarde, que algun dia
La divina Casandra, hermana tuya,
De fuego llena y erizado el pelo,
Estas desdichas me anunció futuras.

,,¿Qué haces, crédula Enone? me decia,
,,¿Para qué siembras en arena inculta?
,,¿En terreno que nunca dará fruto
,,Arrojas la semilla tras la yunta?

„Una fiera voraz brotará Grecia
„Que nuestras mieses ¡ó dolor! destruya,
„Y á tí y á Troya, y todo....¡ó nunca sea!
„Mas ya se acerca, y su rugir se escucha.

„¿Cómo la obscena nave antes del daño
„Los dioses en las ondas no sepultan? (gre
„¡Ay! ¡cuánta sangre frigia! ¡ay! ¡cuanta san-
„El suelo amado de mi pátria inunda!"

Asi dijera, y las esclavas luego
En medio á su discurso se apresuran
A retirarla cual furiosa, en tanto
Que de horror mis cabellos se espeluzan.

¡Ay mísera de mí! ¡cuán verdadera
Fue para mí su prediccion oscura!
¡He aqui la fiera, que de Grecia vino
Mis propiedades poseyendo intrusa!

¿Y quién es? una adúltera sin honra,
Por mas que se pregone su hermosura,
Que abandonó los dioses de su pátria
Por seguir á su huesped vagabunda.

Si me acuerdo del nombre, un tal Teseo.
Qué sé yo qué Teseo, se asegura,
Que de su pátria la sacó robada,
Valiéndose de engaños y de astucias.

¿Y se podrá creer que amante y jóven
Intacta la volviese? no es cordura.
Si de donde sé tanto, saber quieres,
Amo; y esta espresion baste á tus dudas.

Aunque violencia llames á su rapto,
Y con tal nombre su perfidia cubras,
La que es robada repetidas veces
Ocasion para serlo da sin duda.

¡Que diferencia! yo, mientras me ofendes,
La fe que te juré conservo pura;
No obstante que imitándote pudiera
El sendero seguir que me insinúas.

De sátiros silvestres y veloces.
Desvergonzada y amorosa turba
Mil veces me siguió con pie ligero,
Mas de ellos escapaba con la fuga.

Del Ida en las alturas elevadas,
Coronada tal vez la frente inculta
De áspero pino, un fauno me decia
Su amor, que yo pagaba con repulsas.

El mismo Febo, constructor de Troya,
Que con tanto primor la lira pulsa,
Cuando mas descuidada y sola estaba
Declaróme tambien su llama impura.

Yo sin respeto á su deidad divina,
A su rostro arrojándome sañuda,
Por guardar el candor de mi pureza,
Con él sostuve vigorosa lucha.

Sin que me sedujeran las brillantes
Piedras, ó el oro que tal vez deslumbra:
Que es cosa torpe y vil que por el oro
Su pudor una jóven prostituya.

Prendado el dios en fin de mi firmeza,
Comunicóme grato ciencia infusa
Del arte, que inventada por el mismo,
Conserva la salud, ciencia profunda.

Cuantas produce yerbas eficaces
El orbe todo, sin faltar ninguna,
Desde entonces conozco, y ni una sola
De sus raras virtudes se me oculta.

Todo con ellas ¡ay! todo lo curo.
Solo mi amor con yerbas no se cura;
Y el arte que ejercito para todos,
Solo á su dueño desampara injusta.

¿Pero qué mucho, si su autor sagrado
Se vió pastor de Admeto en las llanuras
Por el amor de Alcesta; y por el mio
Su rostro de mis manos sufrió injurias?

Mas el remedio ¡ó Páris! que no puede
La madre tierra en yerbas tan fecunda,
Ni el mismo Apclo darme, tú lo puedes,
Si acoges con piedad mis quejas justas.

Puedes, y lo merezco ¡ó dulce esposo!
Compadézcante ya mis amarguras,
Que no armados por mí, mas por Helena
Los griegos en tu contra se conjuran.

Mira que tuya soy, y tuya he sido
Aun antes casi de mi edad adulta,
Y si de mí te dueles, cual te ruego,
Toda mi vida en fin quiero ser tuya.



HEROIDA SEXTA.

ARGUMENTO.

Navegando Jason á la conquista del vellocino de oro, arribó á la isla de Lemnos, donde se casó con Hipsipile, jóven reina, en cuya compañia permaneció dos años, despues de los cuales continuó su navegacion á Colcos, en donde conquistado el vellocino, se volvió á su pátria, trayendo consigo á la encantadora Medea. Doliéndose de esto Hipsipile, felicita á Jason por su feliz vuelta, le echa en cara sus ingratitudes, condena los encantos y crueldades de Medea, y concluye con imprecaciones contra los nuevos esposos.

HIPSIPILE

Á

JASON.

Se dice que á las playas de Tesalia
Tu venturosa nave otra vez vuelve,
Y que rica en victorias y despojos
Con el aureo vellon cargada viene.

De tu vuelta feliz, si lo permites,
Recibe mis festivos parabienes;
Aunque esperar debiera que tú mismo
Al punto estas noticias me escribieses;

Pues yo supongo que el contrario viento,
Y no tu voluntad, hizo al volverte
Que no te aproximases á mis reinos,
Que ya, cual á mi esposo, te obedecen:

Cuando por mas que el viento adverso sea,
Escribirse una carta bien se puede:
Y que tú la escribieses de tu puño
Hipsipile, en verdad, no desmerece.

Porque, si he de decirlo, es cosa estraña
Que otro, antes que tus letras, me trajese
La nueva de que hiciste arar de Marte
A los toros fogosos y rebeldes:

Que luego te brotó la sementera,
Sembrados de una vívora los dientes,
Armadas huestes, que en civil batalla
Todas, sin tí, matáronse crueles.

Y que en fin, á pesar que vigilante
El despojo guardaba del ariete
Un insomne dragon, tu fuerte brazo
De él supo apoderarse diligente.

¡Cuán grande, cuán dichosa me llamára,
Si á los que á tus proezas eminentes
Crédito apenas dan: *ciertas son todas:*
Jason me lo escribió, decir pudiese!

¿Mas para qué quejarme de que seas
En escribirme esposo negligente,
Cuando por muy dichosa me tendria
Si tuya ¡ay infeliz! permaneciese?

Cuentan que una inhumana encantadora
A Tesalia tambien contigo viene,
Admitida en el tálamo, que solo
A mí, como á tu esposa, pertenece.

¡Cuán crédulo es quien ama! ¡Oh si por dicha
En esto me engañára, y se dijese,
Que á mi inocente esposo, temeraria
Crímenes atribuyo que no tiene!

Hace muy poco que á mi reino vino
De las riberas de Tesalia un huesped;
Y de mi habitacion, aun antes casi
Que á los umbrales próximo estuviese,

¿Qué hace, le dije, *mi Jason amado?*
Esta ansiosa pregunta le sorprende,
Y fijando los ojos en el suelo,
Ni acierta un paso á dar, ni á responderme.

Asustada á su accion y á su silencio,
Desde el pecho la túnica rasgueme:
Y *¿vive?* esclamo *¿vive? ¿ó por desgracia*
Tambien los hados ¡infeliz! me venden?

Vive, me dijo, *vive;* mas mirando
Su rubor al decirlo y timideces,
Precisélo á jurarlo por los dioses,
Y aun apenas así pude creerle.

Recobrada por fin de tanto susto
Lo que hiciste en tu viage preguntéle,
Y refirióme cómo arar hiciste
A los toros que anhelan fuego ardiente.

Y cómo de los dientes serpentinos,
Que en los surcos sembraste por simientes,
Con súbito prodigio, mil guerreros
Brotó el campo con armas y broqueles.

Cómo estos pueblos, que engendró la tierra
En recíproca lid se dieron muerte,
Viendo admirados en un solo dia
Nacer y terminar su vida breve.

Y contándome en fin cómo venciste
El horrible dragon, otras cien veces,
Pendiente entre el temor y la esperanza,
De que aun estabas vivo cercioréme.

Siguió él su narracion acalorado,
Y mientras cada cosa me refiere,
Sin querer descubrióme las perfidias
Que denigran tu honor y á mí me ofenden.

Dó está ¡ay de mí! la fe que me juraste?
Dó el nudo está que nos ató solemne?
Dó la antorcha nupcial, que antes debiera
Fúnebre en mis exequias encenderse?

No fueron clandestinos mis amores,
No te entregué mi mano ocultamente;
Que Juno presidió con Himeneo,
Coronadas de rosas ambas sienes.

Mas nó, no presidió prónuba Juno,
Ni al sagrado Himeneo fue presente;
Que solo presidió la triste Erinis,
Llevando el hacha infausta de la muerte.

¿Qué tuve yo que hacer con esos Minios?
¿Qué tuve yo que ver con sus bajeles?
¿Qué te importaba, ó Tiphis, á las playas
De Lemnos arribar con esa gente?

Ni aquí estuviera el vellocino de oro
Que su necia ambicion buscaba débil,
Ni del anciano Eeta el regio alcázar
En Lemnos pudo, sino en Colcos verse.

¡Cuán acertada decretado habia
(Mis infelices hados de otra suerte
Lo dispusieron) de esos Argonautas
Con brazos femeniles deshacerme!

Que en tales casos saben de mi pátria
Dar muerte á los varones las mugeres:
Y debió con su auxilio valeroso
Mi vida, de un ingrato defenderse.

Mas yo engañada, quise á un estrangero
En mi pecho y alcázar dar alvergue:
Y tú aquí dos floridas primaveras
Y dos inviernos estuviste alegre.

Forzado en fin á abandonar á Lemnos
Cuando brotaban las terceras mieses
Me acuerdo que dijiste estas palabras
Mezcladas con tus lágrimas ardientes:

,,Adorada Hipsipile, las deidades
,,De tu lado me arrancan; pero advierte
,,Que cual tu esposo parto, y cual tu esposo
,,(Si me es dado tornar) he de volverme.

,,Ese fruto precioso, que ya oculto
,,De nuestro casto amor lleva tu vientre;
,,Viva, y viva sabiendo de tus labios
,,Que á Hipsipile y Jason su existir debe.''

Asi dijiste, y abundoso el llanto,
Inundando sin fin tu rostro aleve,
Te impidió proseguir, y entre tus labios
Murió sin acabar tu voz endeble.

El último de todos en la sacra
Argos te embarcas, lánguido y doliente:
Vuela la nave al fin, y ocupa el viento
Las huecas velas, que soplando impele.

Impulsada la quilla, las cerúleas
Ondas del ancho mar oprime y hiende:
Ni tus ojos en tanto de la playa,
Ni los mios del barco se desprenden.

A la alta torre, do la vista libre
A todas partes por la mar se tiende,
Ibame de contino, y rostro y seno
Bañaba de mis ojos la corriente.

Para ver, es preciso que mis ojos
Al través de mis lágrimas penetren,
Y en favor de mi anhelo, á mas distancia
Que antes solian, su mirar estienden.

Añade á este penar mis inquietudes,
Añade mis plegarias inocentes,
Y aun las promesas que cumplir ya debo.
Pues vivo, cual pedí, de Colcos vuelves.

¿Y he de cumplir mis votos? ¿y Medea
El fruto cojerá que ellos merecen?
¡Devórame el dolor! ¡y el amor mio
De la rabia atizado mas se enciende!

¿He de llevar mis dones á los templos
Porque, viviendo tú, mi amor te pierde?
¿O cayendo la víctima ante el ara
Ofrecida será porque yo pene?

Confieso que segura no vivia,
Antes bien temerosa estuve siempre
De que tal vez tu padre para nuera
Alguna griega jóven escogiese.

Mas ¡ay! que en tanto que á las griegas temo
Estrangera rival es quien me ofende,
Y de enemiga nunca imaginada
Súbito golpe el corazon me hiere.

Ni te mueve á quererla su hermosura;
Sus mágias solas son las que te mueven:
Yerbas segadas con segur maligna
Son los lazos de amor en que te prende.

Ella con sus encantos estravía
De su carro á la luna resistente,
Y del sol los caballos luminosos
En sombras oscurísimas envuelve;

Ella enfrena las ondas; ella pára
Los tortuosos rios; ella mueve
Enormes masas de peñascos vivos,
Y hace mudar de sitio á los vergeles,

Esparcidas las trenzas erizadas
Vaga entre los sepulcros que no teme,
Y de piras calientes todavia
Ciertos huesos recoje irreverente.

Efigies forma con la blanda cera
En ellas execrando á los ausentes,
Y traspasa las míseras entrañas
Con delgadas agujas y alfileres;

Y, lo que yo mejor ignoraria,
Confeccionando yerbas diferentes,
Se procura el amor, que conciliarse
Con beneficios y hermosura debe.

¿Y tal muger adoras? ¿y con ella
En solitario conyugal retrete,
Impávido, á merced de sus encantos
En la callada noche quieto duermes?

Cual á los toros con hechizos doma,
Así á llevar el yugo te compele;
Y cual aduerme sierpes venenosas
Tambien con sus encantos te adormece.

Complácese ademas en que la aclamen
Autora de los hechos de tu gente
Y de los tuyos, ofuscando ingrata
La gloria que á tí solo pertenece.

Y aun tus proezas atribuyen muchos
De los que su partido favorecen,
No á tu valor, mas solo á sus hechizos,
Hallando quien los crea entre la plebe.

,,No es, dicen, no, Jason, sino Medea
,,Quien arrancó la piel de oro fulgente
,,Del ariete inmolado, que al dios Marte
,,Consagró Phryxo, el hijo de Nephele."*

Alcímeda tu madre desaprueba
(Consúltala si no) sus procederes;
Y aun mas tu padre, que una nuera estraña
Del polo helado, sin querer, adquiere.

Buscárase mas bien allá en los lagos,
Que de Scitia los paises humedecen,
O entre el Tánais ó Phasis, patrios rios,
Esposo que mejor la conviniese.

¡O inconstante Jason, aun mas mudable
Que del verano son los vientos leves!
¿Por qué de la verdad que prometiste
Tus palabras magníficas carecen?

De aquí partiste, siendo esposo mio,
Mas al tornar de Colcos ya no lo eres:
¿Cómo es que siendo yo tu esposa al irte,
Me hallo sin ser tu esposa cuando vuelves?

Si la nobleza, si el ilustre nombre
Son acaso las prendas que te mueven,
El célebre Minóo y el gran Thoante
Son, bien lo sabes ya, mis ascendientes.

Nieta soy del dios Baco, cuya esposa,
Coronada de estrellas la alta frente,
Puesta en el claro cielo cual un signo
Muy mas que sus estrellas resplandece.

Dote tuya será la isla de Lemnos,
Tierra al agricultor sobrado fértil,
Y con la dote y la nobleza mia
Mi persona tambien obtener puedes.

Mira que he dado á luz dos hijos tuyos,
¿Qué mucho que conmigo lo celebres?
Cuyo peso, dulcísimo me ha sido
Por deberte su sér los inocentes.

He sido aun en el número dichosa,
Cuando Lucina asi me favorece;
Pues dando dos á luz, en dos gemelos
Del tuyo y de mi amor dos prendas tienes.

Y si á quien se parecen, me preguntas,
Tú mismo en ellos puedes conocerte:
No saben engañar, si esto esceptuas,
En todo lo demas se te parecen.

A enviártelos iba como nuncios
Para que en mi lugar á verte fuesen,
Mas los justos temores que me infunde
Una fiera madrastra, los detiene.

Llenóme de temor esa Medea,
Que es aun mas que madrastra ciertamente;
Pues no hay atroz maldad á que sus manos,
Avezadas á todo, no se presten.

La que pudo los miembros destrozados
En el campo esparcir, ¿no te estremeces?
De su infeliz hermano, ¿por ventura
Con mis hijos será mas complaciente?

Con todo, ésta muger ¡ó Jason ciego,
Cojido de esa mágica en las redes!
Se dice que á Hipsipile para esposa,
Con insensata estupidez, prefieres.

Doncella sin pudor, que con infamia
De tu adúltero amor dejó vencerse.
¡Cuán otro nuestro amor, que en santo ñudo
Legítimo juntó nuestros quereres!

Ella vendió á su padre; yo piadosa
Supe arrancar al mio de la muerte:
Ella á su pátria Colcos dejó ingrata;
Y yo habito en la mia permanente.

Mas su maldad, ¿qué importa, si con ella
Triunfa de mí, que cumplo mis deberes?
¿Si sin mas dote que su negro crímen
Por esposo ha podido merecerte?

Culpo, pero no admiro que á los hombres
Las mugeres de Lemnos muerte diesen;
Que ofendidas tal vez, el dolor mismo
Armas da á su furor con que se venguen.

Díme en fin, si, segun lo merecias,
Enemigos los vientos, al volverte,
A tí y á tu triunfante comitiva
Acia mis puertos impelido hubiesen,

Y yo salido hubiera, de mis hijos
Acompañada, á recibirte alegre;
(Rogar allí á la tierra deberias
Que abriéndose en su seno te escondiese)

¿Con que frente á tus hijos ternezuelos
Y á mí nos recibieras, hombre aleve?
Qué castigo, qué muerte, qué venganza,
A tus perfidias fuera suficiente?

Es verdad que por mí quedáras vivo,
Y con seguridad pudieras verme;
Mas esto fuera porque soy benigna,
No, ingrato, porque tú lo merecieses.

Mas no así mi rival, con cuya sangre,
Que mis manos vertieran á torrentes,
Empapára mi rostro, y aun el tuyo,
Que con sus artes me arrancó insolente.

Fuera yo de Medea la Medea;
Y si el sagrado Jove en la celeste
Mansion oye mis votos justiciero,
Escuchadas serán mis justas preces.

Lo que yo lloro ahora despreciada,
De un esposo apurando los desdenes;
Lléguelo á lamentar la usurpadora,
Probando la injusticia de sus leyes.

Y cual padezco abandonada, siendo
Amante, esposa y madre juntamente
De dos queridos hijos, otro tanto
Abandonada, y sin sus hijos pene.

El bien que me robó con tanto daño
Pueda apenas gozar, y al fin lo deje
Aun con daño mayor, y en todo el orbe
Errante vague, fugitiva siempre.

Cuanto hermana cruel fue con su hermano,
Cuanto para su padre hija inclemente;
Tanto para sus hijos cruda madre,
Y cruda esposa para tí se muestre.

Y cuando el mar y tierra haya vagado,
Vague tambien errante por el éter;
Y sin consuelo, pobre y perseguida
Dése á sí misma en fin sangrienta muerte.

Esto suplica la hija de Thoante
Privada de su esposo y sus placeres:
¡O Medea! ¡ó Jason! vivid; ¡mas sea
Cual mis imprecaciones lo pretenden!



HEROIDA SEPTIMA.

ARGUMENTO.

Ya habia siete años que el troyano Eneas hijo de Anquises y Venus, despues de la destruccion de su pátria, andaba errante por los mares, buscando el pais de Italia para fundar una ciudad, cuando una tempestad lo arrojó á las costas de la Libia, en donde fundaba á Cartago la reina Dido, viuda de Siqueo, á quien su hermano Pigmaleon habia usurpado la corona de Tiro, dando la muerte á su esposo. Esta reina acogió y amó á Eneas, que al cabo de poco tiempo quiso, avisado de un dios, continuar su viage con su hijo Julo ó Ascanio, sus demas troyanos y sus dioses penates. En estas circunstancias, estando Dido próxima á darse la muerte con el mismo acero que Eneas le habia regalado, le escribe, valiéndose, aunque en vano, de mil arbitrios para detenerlo, ó á lo menos para que suspenda su marcha hasta que el mar se serene.

DIDO

Á

ENEAS.

Así cuando á la muerte se aproxima,
Entre las yerbas húmedas cantando
Espresa su dolor el blanco cisne
En las verdes riberas del Meandro.

Ni porque espere que eficaz alcance
Tu dureza á mover mi ruego blando,
Te escribo estos renglones; que á mis votos
Sé que tengo á los dioses por contrarios.

Mas habiendo perdido tristemente
Mis méritos, mi fama y el preclaro
Honor que antes gozaba, es poca cosa
Las palabras perder, quien perdió tanto.

Resuelto estás con todo á retirarte,
Dejando á Dido en su dolor amargo:
Para que así á la vez se lleve el viento
Las velas y la fe que me has jurado.

Resuelto estás á desatar, ó Eneas,
Las naves y la fe de los contratos,
Aunque del todo ignoras donde se halla
Esa Italia fatal que vas buscando.

Ni la nueva Cartago es poderosa,
Ni sus crecientes muros han bastado,
Ingrato, á detenerte, ni el dominio
Del rico cetro que entregué á tu mando.

Lo hecho desprecias, y perdido anhelas
Lo que está por hacer; y por el ancho
Mundo una tierra imaginaria buscas,
Cuando otra cierta tienes en la mano.

Mas quiero suponer que la encontrases,
¿Quién te la ha de ceder? ¿alguno acaso,
Para que otros estraños como dueños
Los vengan á habitar, dará sus campos?

Falta otro nuevo amor á tus perfidias,
Y otra mísera Dido á tus engaños;
Aun otros juramentos hacer debes,
Y aun te falta tambien que quebrantarlos.

¿Cuando será que logres con sosiego
Fundar una ciudad como Cartago,
Y que subiendo á lo alto del alcázar
Desde allí puedas ver á tus vasallos?

Supon en fin que todo lo consigas,
Que nada estorbar pueda tus conatos,
¿Donde hallarás esposa, que rendida
Te llegue á idolatrar, cual te idolatro?

Como arde la resina misturada
Con el azufre, asi por tí me inflamo,
O como derramados en humosas
Hogueras arden los inciensos sacros.

Eneas, sin faltar un solo instante
Se presenta á mis ojos desvelados;
Y Eneas sin cesar de noche y dia
A mi imaginacion se está mostrando.

Mas él en tanto, poco agradecido
Y sordo á mis finezas y regalos,
Se muestra tal en fin, que á no ser necia
Debiérame alegrar de no mirarlo.

A Eneas sin embargo no aborrezco,
Aunque ha dado á mi amor tan triste pago;
Quéjome solo de su infiel cariño,
Y cuanto mas quejosa mas me abraso.

¡Venus! tu nuera soy, séme piadosa:
Tú, ¡niño Amor! abrasa de tu hermano
El duro corazon; haz que milite
Bajo de tus banderas humillado.

Haz (pues no lo rehuso) que yo siga
A tus leyes sujeta, idolatrando
Al que amar comencé; pero haz que Eneas
Dé pábulo al incendio en que yo me ardo.

Mas ¡ay! que yo me engaño, y vanamente
Espero ser amada de un ingrato,
Cuyo pecho insensible dista mucho
De la dulzura y maternal agrado.

Sí, falso engañador, las duras rocas,
Los montes y los robles que en los altos
Y rígidos peñascos han nacido,
Y las fieras crueles te engendraron:

O bien el crudo mar, cual lo estás viendo
Ahora con los vientos agitado;
Por cuyas falsas enemigas ondas
A partir te dispones sin embargo.

¿A dónde? vas ¿no ves que te lo impide.
Tan fiera tempestad, cuyos amagos
En mi favor conspiran? ¡mira al euro
Cual sacude las aguas enojado!

Deja que al menos á su furia deba
Lo que deber quisiera á tu amor grato,
Ya que los vientos y soberbias ondas
Mas que tu pecho son justos y blandos.

No valgo tanto yo, para que quieras,
(Bien que tú lo merezcas ¡ó inhumano!)
Mientras huyes de mí por esos mares,
Perecer en las ondas anegado.

El odio que me tienes, ciertamente
Compras á precio bien subido y caro,
Si en poco estimas el perder la vida
Con tal que de mi vista estés lejano.

Dentro de poco cesarán los vientos,
Y quedando los mares sosegados,
Las ondas apacibles y cerúleas
Recorrerá Triton en sus caballos.

¡Oh! ¡si por dicha, inexorable Eneas,
Mudable fueses cual el viento vario!
Y lo serás sin duda, si no excedes
En dureza á los robles y peñascos.

¿Qué hicieras si ignoráras lo que pueden
Del mar tempestuoso los estragos,
Si habiéndolos probado veces tantas
A ellos te tornas á arrojar incauto?

Aunque sereno el mar te persuadiese
A soltar las amarras de las naos,
¿Ignoras por ventura sus mudanzas?
¿Ignoras por ventura sus naufragios?

Ni pienses que aprovecha á quien se embar-
Haber los pactos que juró violado, (ca
Que tambien sabe justiciero el Ponto
Castigar las perfidias y el engaño.

Mucho mas si es Amor el ofendido,
Pues la madre de Amor, prodigio raro,
Se dice que en los mares de Citeres
De las espumas fue desnudo parto.

Y aunque perdida estoy, temo perderte,
Y temo al que me daña inferir daño;
Pues aunque mi enemigo, temo mucho
Que quedes en las ondas sepultado.

Vive, yo te lo pido; que antes quiero
Perderte estando vivo, por ingrato,
Que no por muerto: Dígase que Eneas
Fue causa de mi muerte, y no al contrario.

Mas figúrate ya (no quiera el cielo
Que á realizarse lleguen mis presagios!)
Que te arrebata un torbellino; ¿entonces,
Qué pensarás en trance tan aciago?

Te ocurrirán al punto los perjurios
De tu lengua falaz y el roto pacto,
La triste suerte de la frigia Dido
Obligada á morir, por ser tú falso.

Verán tus ojos la terrible imágen
De tu engañada esposa en aquel acto,
Y esparcido en desórden el cabello,
Sangre de sus heridas derramando.

Cuanto sufro, dirás, *lo he merecido*;
Dejadme ya funestos sobresaltos:
Y pensarás que contra tí fulmina
Cuantos despide el cielo ardientes rayos.

¡Ah! deja al menos que su furia aplaquen
Los mares y tu pecho: aguarda un tanto,
Que á la seguridad de tu partida
Es de mucha importancia este intervalo.

No lo hagas ya por mí, mas á lo menos
Hazlo siquiera por el niño Ascanio,
Y baste á tu dureza, pues lo quieres,
Haber solo mi muerte ocasionado.

¿Qué mal te ha merecido el tierno Julo?
¿Qué mal te han hecho los penates sacros?
¿Quiéres que acabe el agua con los dioses,
Que del troyano incendio se libraron?

¿Pero qué dioses, si ningunos llevas,
Ni cual te jactas, pérfido, á tu anciano
Padre cargaron tus piadosos hombros,
Ni menos los divinos simulacros?

Falsedades son todas las que cuentas,
Ni tu lengua á mentir con tal descaro
Conmigo comenzó, pues la primera
No soy á quien tus fraudes castigaron.

¿Do está, si no, la mísera Creusa,
Madre del bello Julo desdichado?
¡Pereció la infeliz, del duro Eneas
Abandonada, sola y sin amparo.

Tú me lo referias, y mi pecho
Túvote compasion por serte grato:
Mas si á mí me abandonas, tu castigo
Mayor será que aquel, por mas culpado.

Ni ya me cabe duda, que tus dioses
Castigarán tus falsedades, cuando
Siete años hace ya que te persiguen
Por mar y tierra, contra tí enojados.

Arrojado por fin de entre las olas
Hallastes en mis playas el descanso,
Y aun apenas tu nombre oido habia
Cuando te hice del reino soberano.

¡Y ojalá que con estos beneficios
Se hubieran mis anhelos contentado,
Ni anduviera mi amor y mi deshonra
La fama por el orbe divulgando!

Mas aquel negro dia, en que á la gruta
Hizo con recias lluvias retirarnos
Súbita tempestad, fue el triste origen
Y la ominosa causa de mi daño.

Parecióme escuchar un clamor triste,
Y que ahullaban las ninfas con espanto....
¡Las Euménides eran, que fatales
Sobrado mis desdichas me anunciaron!

Véngate ya de mí, dáme el castigo,
Ofendido pudor, pudor manchado,
Pues ofendí á Siqueo ¡ay infelice!
Y ya al castigo sonrojada marcho.

Tengo una sacra efigie de Siqueo
En un templo interior de bello marmol,
A quien adornan cándidas cortinas
De blanquísima lana y verdes ramos.

Allí por cuatro veces mi Siqueo
Oí que me llamaba: no me engaño;
Pues con sumisa voz por cuatro veces
Sígueme Elisa, pronunció su labio.

Sí, esposo, ya te sigo: ácia el sepulcro
Sumisa esposa sin demora bajo;
Empero la vergüenza de mi crímen
Retarda el golpe con que ya me amago.

¡Perdóname, Siqueo! de mi culpa
Es el autor un héroe estraordinario,
Que con su dignidad quita ó minora
El odio de mi culpa y tus agravios.

Es hijo de una diosa, y en sus hombros
Llevó á su padre con filial conato:
Estas prendas me dieron esperanza
De que á mí se enlazase en nudo santo.

Si hube de errar, en esta vez al menos
Causas plausibles á mi error sobraron;
Y si sus juramentos á esto añades,
No habrá que te avergüence en este caso.

¡Ay de mí! que aun me sigue la porfía
De mis primeros infelices hados,
Durando su rigor sin aflojarse
Hasta mi último aliento desdichado.

Mi esposo asesinado ante las aras
Cayó del interior de su palacio,
Y de tan gran maldad impunemente
El premio goza mi atrevido hermano.

Huyo precipitada, y de mi esposo
Las cenizas y pátria desamparo;
Y por senderos ásperos camino,
Siguiendo mis pisadas el tirano.

Llego á climas ignotos, libre apenas
De mi hermano y los mares escapando,
Do el terreno compré, que, generosa
En vano te entregué para mandarlo.

Levanté una ciudad, y estensamente
La circundé con muros elevados,
Cuya magnificencia es ya la envidia
De todos los lugares comarcanos.

Encendióse la guerra, y con la guerra
Forastera y muger urgida me hallo,
Y apenas pongo á la ciudad las puertas,
Ya las armas solícita preparo.

Agradé á mil amantes importunos,
Que todos contra mí se conjuraron,
Quejosos de que yo les preferia
No sé á quien para unirme en firme lazo.

¡Ay Eneas! ¿por qué dudas entregarme
Atada y sin defensa al africano
Yarbas? yo sin moverme, á las cadenas
Y á tu maldad presentaré los brazos.

Tambien, si quieres, un hermano tengo,
Cuyas odiosas despiadadas manos
Aun empaparse pueden en mi sangre,
Cual en la de mi esposo se empaparon.

¡Ah! deja ya á tus dioses, que profanas
Tocando sus efigies sanguinario:
Que á las deidades una mano impía
Mal puede tributar justo holocausto.

Si á los dioses librados del incendio
Habias tú de ser el que profano
Les tributase cultos, ya les pesa
Haberse de las llamas escapado.

A la engañada y miserable Dido,
Grávida, hombre cruel, dejas acaso,
Y en mis entrañas una parte tuya
Tal vez oculta y encerrada traigo.

Un niño entonces ¡ay! un inocente
Colmará de la madre los quebrantos,
Y tú serás la causa de su muerte,
Aun antes de nacer, sin ser culpado.

Acabará con su infelice madre
El hermanito tierno de tu Ascanio,
Y un solo golpe, y una herida sola
Dará la muerte juntamente á entreambos.

Mas dices que á partir un dios te obliga...
¡Oh, si el venir te hubiera antes vedado
Ese dios, y las púnicas comarcas
Jamás pisado hubieran los troyanos!

Mas á pesar del dios que te dirige
Los vientos te maltratan navegando,
Y sin llegar á tu destino, pierdes
En la agitada mar tiempo muy largo.

Apenas la gran Troya mereciera
A costa de tan ímprobos trabajos
Ser buscada por tí, si, aun Hector vivo,
Su esplendor conservára antiguo y claro.

Mas no ya el pátrio Símois, sino el Tiber
Y sus lejanas aguas vas buscando;
Es decir, que aunque llegues do quisieras,
Solo serás allí huesped estraño.

Y segun se te aleja y se te esconde
Esa tierra que buscas obstinado,
Si la llegas á ver, será, sin duda,
Cuando por la vejez estés ya cano.

¡Cuánto fuera mejor que recibieses,
Escusando rodeos temerarios,
Estos pueblos en dote, y las riquezas,
Que mi hermano usurpar pretendió avaro!

Trasfiere el Ilion con mejor suerte
A esta nueva ciudad, que aquí fundaron
Los afanosos tirios, y tú en ella
Empuña como rey el cetro sacro.

Si tu ánimo guerrero ansioso anhela
La belicosa lid: si Julo bravo,
A su valor palestra busca en donde
Victorias adquirir, y cortar lauros:

Para que nada falte, aun enemigos
De quien pueda triunfar tendrá sobrados,
Que es este sitio en paz apto á las leyes,
Y á las armas tambien en guerra es apto.

Solo te ruego por tu hermosa madre,
De tu hermano Cupido por los dardos,
Y por esas deidades, compañeras
De tu fuga infeliz, númenes pátrios:

(Así los compañeros de tu suerte
Venzan felices, y prosperen faustos,
Y la troyana lid la última sea
De todas tus fatigas y quebrantos;

Y así dichosamente llene Julo
El dilatado curso de sus años,
Y del anciano Anquises las cenizas
En plácida quietud logren descanso).

Que á mi reino perdones, caro Eneas:
Mira que es tuyo ya, y está á tu cargo;
Ni podrás atribuirme otro delito
Pues solo es mi delito amarte tanto.

No soy yo de Tesalia, ni he nacido
En la grande Micenas, ni adversarios,
O mi esposo, ó mi padre, contra Troya,
Ni contra tí las armas empuñaron.

Si de llamarme esposa te avergüenzas,
No tenga de tu esposa el nombre ó rango;
Tu huéspeda seré, que en siendo tuya
Cualquiera condicion gustosa abrazo.

Tengo bien conocidos estos mares
Que en la playa se rompen con fracaso,
Y sé que á veces navegarse dejan,
Y á veces no es posible navegarlos.

Podrás cuando ya el aura lo permita
Dar al viento las velas y los barcos;
Mas ahora las algas claro indican
Que aun deben en el puerto estar las naos.

Permíteme que observe yo los vientos,
Para que sin peligro hagas tu embarco,
Y despues, si lo quieres, ni yo misma
Consentiré que alargues tu retardo.

Tus compañeros el descanso anhelan;
Las maltratadas naves sin reparo,
Para recomponerse exigen todas
Demorarse siquiera un corto espacio.

Por los favores que me debes, y otros,
Si aun puede mi anhelar servirte en algo,
Por la esperanza que me diste, un breve,
Un cortísimo tiempo te demando.

Mientras se aplacan los turbados mares,
Y este voraz amor; mientras me amaño
Con el tiempo y el uso, de tu ausencia
A sufrir con valor el golpe infausto.

Si este favor me niegas, no hay remedio,
Me arrancaré una vida que no aguanto,
Pues no podrás conmigo ¡ó duro Eneas!
Ser ya cruel por tiempo dilatado.

¡Oh! ¡si de quien te escribe en este instante
Pudieras ver la imagen, hombre ingrato!
Escribo, y mientras el troyano acero,
Que me dejaste, tengo en el regazo.

Y mis lágrimas bajan por el rostro
El cuchillo á mojar desenvainado,
Al cual ¡ay infeliz! dentro de breve
Empapará mi sangre en vez del llanto.

¡O cuánto á mi fatal horrible suerte
Es apto y conveniente tu regalo!
Con él á poca costa, á mis exequias
Das el mejor y mas urgente ornato.

Mas no es ahora, no, la vez primera
Que se verá mi pecho traspasado,
Que ya con crudo golpe lo tenia
Herido el fiero amor muy de antemano.

¡Ana! ¡querida hermana! que mi yerro
Lograste penetrar, mas no curarlo,
Presto dará los últimos auxilios
A mi yerto cadaver tu cuidado.

Consumido en la hoguera, haz que no diga:
ELISA DE SIQUEO el epitafio;
Mas estas breves lineas solamente
Se inscribirán del túmulo en el marmol:

YACE AQUI DIDO, A CUYA MUERTE ENEAS
LA CAUSA Y EL ACERO DIO INHUMANO,
DEL CUAL USANDO LA INFELIZ AMANTE
SE DIO LA MUERTE CON SUS PROPIAS MANOS.

HEROIDA OCTAVA.

ARGUMENTO.

Mientras Menelao, padre de Hermione, estaba en el sitio de Troya, Tíndaro, abuelo materno de ésta, á quien aquel rey habia encargado el reino, la casó con Orestes, hijo del rey Agamenon, hermano de Menelao. Este, ignorando estas bodas, prometió su hija Hermione á Pirro, hijo de Aquiles, el cual vuelto de Troya, la robó y se la llevó consigo. Hermione, que aborrecia á Pirro y amaba á Orestes, escribe á éste ocultamente, pintándole su triste situacion, y exhortándolo á que la recobre, pues jura morir primero que consentir en ser de otro.

HERMIONE

Á

ORESTES.

A tí, Orestes amado, que mi primo
Y mi esposo á la vez, eras ha poco,
Cual á mi primo escribo solamente,
Pues ya de esposo el nombre le tiene otro.

Pirro el hijo de Aquiles, cual su padre,
A quien imita, fiero y orgulloso,
Contra el derecho humano y el divino
Encerrada me tiene por su antojo.

Resistí cuanto pude, por no verme
Contra mi voluntad presa de un loco:
¿Y qué mas pude hacer? mis flacas fuerzas
No alcanzaron á mas; triunfó su arrojo.

,,¿Qué haces, le dije, detestable Pirro?
,,Mira que hay quien me vengue de este oprobrio,
,,Mira que tengo dueño, y que mal puedes
,,Profanar, siendo agena, mi decoro.

El, sordo como el mar, á mis lamentos,
Mientras á Orestes implorando nombro,
Descompuesto el cabello y desolada,
Me arrastró á su palacio, duro y sordo.

¿Qué mas sufrido hubiera, si asaltando
Bárbara turba de enemigos broncos
A mi pátria, robase sus matronas
Entre la confusion y el alboroto?

La vencedora Grecia, mas humana
A Andrómaca trató con mejor modo,
Cuando abrasaron los aquivos fuegos
La troyana ciudad y sus contornos.

Mas tú, querido Orestes, si cuidado
De mi amargo penar, tienes piadoso,
Ven, y con mano armada y valerosa
Tus derechos vindica y ponme en cobro.

*

Si una mano atrevida tus ganados
Intentase robar ¿al fiero robo
no te opusieras? ¿y verás tranquilo
que otro me roba, sin dejar el ocio?

Sigue el ejemplo de mi padre y tuyo,
Que á la robada Helena con heroico
Valor cobraron, pues por causa suya
Guerra hicieron á Troya á tanto costo.

Si sin moverse hubiera Menelao
Quedádose en el triste y viudo trono,
Aun mi madre estuviera, cual estuvo
En poder del adúltero alevoso.

Tú, ni cóncavas velas, ni mil naves
Tienes que disponer y echar al golfo,
Ni de soldados numerosas huestes,
Pues bastas á vencer viniendo solo.

Debiérasme librar, aunque tan árduo,
Cual el de Helena, fuese mi recobro,
Que sufrir por su esposa ásperas guerres
Es gloria del marido y no desdoro.

¿Y qué, si añades á esto que de Atreo
De Pélope el gran hijo nietos somos?.
Si por esposo no, por deudo siempre
Debiérasme librar de este sonrojo.

Como esposa al esposo y deuda al deudo
Tu ayuda exijo, tu favor imploro:
Dos poderosos títulos que claman
Tu ayuda y tu favor en mi socorro.

Tíndaro á tí me unió, materno abuelo,
En conyugal y plácido consorcio,
Pues, ausente mi padre, en él estaba
La potestad de hacer mi matrimonio.

Al prometerme á Pirro Menelao
De mi contrato el invencible estorbo
Ignoraba, y mi abuelo, que podia,
Por ser mayor, casarme, efectuólo.

Cuando á tí me estrechaba el nudo santo
A ninguno mi enlace era dañoso;
Mas si ahora con Pirro me enlazára
Hiciérate un agravio bien notorio.

Nuestro amor ademas, sin mucha pena
Aprobará mi padre generoso,
Pues ha probado ya del dios alado
Las flechas que despide el arco corvo.

Que el amor que él á sí se ha permitido,
No ha de negarlo rígido á nosotros;
Y mi madre, á quien él ha recobrado,
Tambien á nuestro amor dará un apoyo.

Lo que para mi madre es Menelao
Eres tú para Hermione, y así como
Páris en otro tiempo tuvo á Helena,
Así me tiene á mí de Pirro el dolo.

Y si éste en las hazañas de su padre
Se ensoberbece con sobrado entono,
A tí tambien engrandecerte pueden
De Agamenon los hechos gloriosos.

Agamenon, entrando el mismo Aquiles,
Imperaba potente sobre todos;
Solo era un gefe Aquiles, y aquel era
El gefe de los gefes poderoso.

De Pélope y de Tántalo desciendes,
Y si tu origen buscas mas á fondo,
Cuarto nieto hallarás ser del gran Jove
Que del Olimpo tiene el alto sólio.

Ni de valor careces; y si diste
A tu madre la muerte, bien conozco
Que esta no es mancha de tu honor, pues ella,
Vendiendo á Agamenon, lo hizo forzoso.

Quisiera yo que en causa mas plausible
Valiente hubieras sido; mas tu enojo
La causa no escogió: quísolo el hado,
Tu brazo vengador ejecutólo.

A tu padre vengaste, y en Egisto
Hundiendo tu cuchilla valeroso,
Con tu sangre teñiste el suelo que antes
Dejó tu padre con la suya rojo.

Pirro culpa esta accion y esta venganza,
Crímen apellidando el que es tu elogio;
Y lo que es mas, en mi presencia misma
Osa mostrar así su negro encono.

Me enfurezco al oirlo, y juntamente
Se encienden mis entrañas y mi rostro,
Y encerradas mis iras en el pecho
Hace su incendio en él voraz destrozo.

¿Cualquiera con audacia en mi presencia
Ha de infamar á Orestes y yo lo oigo?
¿Mas qué tengo de hacer, muger y sola,
Sin fuerzas, sin acero, sin patronos?

Solo puedo llorar, y solo el llanto
Es de mis iras débil desahogo,
Y mis lágrimas corren por el seno,
Cayendo sin cesar cual dos arroyos.

Lágrimas tristes son mi único alivio,
Y lágrimas sin fin brotan mis ojos,
Y mis incultas pálidas mejillas
Cual fuente perennal inunda el lloro.

El rapto en mi linage, que aun me alcanza,
Por destino fatal parece propio:
Cuantas del claro Tántalo venimos
De algun fiero raptor fuimos despojo.

No diré los ardides con que á Leda
Pudo amante engañar el Cisne ácuoso;
Ni me lamentaré de que en sus plumas
Se ocultó Jove con disfraz impropio.

En Acaya, do el Itsmo en largo trecho
El uno y otro mar divide tosco
En peregrino carro fue robada
Hipodamia del patrio territorio.

De mi robada madre los hermanos
Con heroico valor, Castor y Polux,
De su raptor Teseo la arrancaron,
Y á la Atica lograron su retorno.

Y robada otra vez por el vil Páris
Que á el Ida la llevó por el mar hondo,
En armas puso las aquivas huestes
Que á Troya convirtieron en escombros.

Apenas me recuerda la memoria
Estos sucesos, para mí remotos,
Mas me acuerdo que todo era amargura,
Todo solicitud, susto y trastorno.

Lloraba Febe, de mi madre hermana,
Tambien Castor y Polux, y lloroso
Ví á Tíndaro mi abuelo, y á su Jove
Leda pedia, en tanto mal, socorro.

Tambien yo pequeñuela, destrozado
Mi cabello, que aun era entonces corto,
Clamaba: *¡ay madre! ¿do sin mí te alejas,*
Dejándonos en mísero abandono?

Estaba ausente entonces Menelao.
En fin, para que yo de estraño tronco
No se juzgue que soy, del fierro Pirro
Otro nuevo raptor, fui presa pronto.

¡Oh! ¡si Aquiles jamás probado hubiese
Las armas protejidas por Apolo!
El condenára del protervo Pirro
La maldad, y la trama hubiera roto.

Cuando ni en otro tiempo agradó á Aquiles,
Ni le agradára en el actual tampoco
Que arrebatada la inocente esposa
Tuviera que llorarla el viudo esposo.

¿Cuál es la injuria que hice á las deidades
Habitadoras del celeste Polo?
¿O cuál estrella ¡ay mísera! se opone
De mi felicidad al dulce logro?

Cuando pequeña sin mi madre estuve,
Mi padre estaba en guerra en clima ignoto;
Y los dos vivos, de los dos privada,
Lloraba mi horfandad con pecho absorto.

Yo no probé en mi infancia ¡ó madre mia!
Aquel comun inesplicable gozo
De decirte caricias balbucientes
En mal formados rústicos coloquios.

Ni el gusto tuve de poner mil veces
Mis bracesillos de tu cuello en torno,
Ni sentada jamás en tu regazo
Grato te pude ser y dulce estorbo.

Ni creciendo despues, tus blandas manos
Se esmeraron cuidosas en mi adorno,
Ni al desposarme, en fin el nuevo lecho
El materno afanar puso á los novios.

Cuando al volver de Troya fui á encontrarte,
De placer inundada y alborozo,
Si he de hablar la verdad, no conocia
Aun de mi amada madre el rostro hermoso.

Mas luego conocí que eras mi madre
Al ver de tu hermosura el raro asombro;
Y tú, cuál era tu hija preguntabas
Con maternal anhelo y labio ansioso.

Uniéndome contigo ¡Oh dulce Orestes!
Pude en fin ser feliz en esto solo;
Mas en esto tambien seré infelice
Si á librarme no vuelas de este monstruo.

Pues vuelto ya triunfante Menelao
Aun me aprisiona el insolente mozo,
Y mi cautividad es solamente
De la vencida Troya el bien que logro.

Con todo, mientras Febo alumbra el dia,
Llevado en sus caballos luminosos,
No tan agudos son mis fieros males,
Ni con tanta viveza me acongojo.

Mas despues que la noche me conduce
Al triste lecho, para mí de abrojos,
Sumida en un abismo de amargura
Y levantando al cielo mis sollozos;

En lugar del tranquilo y dulce sueño
Lágrimas solamente hay en mis ojos,
Y del odioso Pirro cuanto puedo,
Como de un enemigo huyo y me escondo.

Con la agudeza de mi mal, á veces
Insensata y estúpida me pongo,
Y olvidada del sitio y de las cosas,
A mi enemigo sin saberlo toco.

Mas conocido el yerro, horrorizada
Las manos luego pávida recojo,
Creyéndolas manchadas al contacto
Del hombre cuyo amor detesto y odio.

Mil veces al decir el labio *Pirro*,
Orestes dijo, equivocando el tono;
Y este error de la lengua lisongero
Es un agüero para mí dichoso.

Y así por mi familia desdichada
Y por su padre Jove, que en contorno
Del ancho mundo su dominio estiende
Gobernando el olimpo, y todo el globo,

Y en fin, por las cenizas de tu padre,
Mi amado tio, que en feliz reposo
Te deben descansar, despues que fuerte
A su vil matador lanzaste al Orco;

Juro, que he de morir en mi edad jóven
Con muerte prematura (oye mis votos),
O no he de ser esposa de otro alguno
Que de mi Orestes, á quien firme adoro.

HEROIDA NONA.

ARGUMENTO.

Hércules, ó Alcides, hijo de Júpiter y Alcmena muger de Anfitrion, perseguido por la diosa Juno y el rey Euristeo, despues de haberse casado con Deyanira, hija de Oeneo, rey de Calidon, y de haber limpiado la tierra de monstruos y tiranos, se rindió al amor de Yole, princesa de Ecalia, degradándose como lo habia hecho antes amando á Onfale. Deyanira sabiendo sus amores le envió una túnica tinta en sangre del centauro Neso, creyéndola propia para recobrar su cariño, y despues le escribia esta carta afeándole su degradacion sin disimular sus celos: al estarla escribiendo tuvo la nueva de que la túnica habia causado la muerte á su esposo, y desesperada de lo que habia hecho, se quita la vida.

DEYANIRA

Á

HERCULES.

Me complazco en que añadas á tus glorias
Que la ciudad de Ecalia á tí se rinda;
Pero de que se rinda me lamento
El bravo vencedor á una vencida.

De Grecia á las ciudades ha llegado
La voladora fama muy aprisa,
Mas tan desfigurada, que la dejan
Tus conocidos hechos desmentida.

Al que la misma Juno no venciera,
Ni una crecida serie de fatigas,
Cuenta la fama, que la débil Yole
Ha subyugado ya con ignominia.

Esto quisiera el rígido Euristeo,
Y esto quisiera Juno tu enemiga,
Que como tu madrastra, de que hubieras
Mancillado tu honor se alegraría.

Mas no así lo quisiera el alto Jove
A quien sola una noche, reducida
Pareció (si á esto crédito ha de darse)
Para formar tus prendas peregrinas.

La no temida Venus te ha dañado
Mas que la misma Juno vengativa;
Pues esta persiguiéndote te exalta,
Y aquella con vil pie tu cuello pisa.

Limpio de monstruos, de tiranos libre
Por tu invicto valor, ó Alcides, mira
El orbe, por do quier que el ancha tierra
Es del glauco Nereo circunscrita.

La tierra y vastos mares por do quiera
Que á tí te deben su quietud publican,
Y las plagas de oriente y occidente
De tu beneficencia están henchidas.

10

Al alto cielo que ha de sostenerte
Primero sustentó tu valentía,
y Atlas sostiene la estrellada esfera
Porque en los hombros de Hércules estriva.

Mas si un negro borron á manchar llega
El lustre de tus glorias primitivas,
¿Qué has logrado con ellas? deshonrarlas,
Y tu vergüenza hacer mas conocida.

¿No cuentan que á dos hórridas culebras
Oprimiste con tiernas manecitas,
Cuando, ya digno del escelso Jove,
Aun en la cuna estabas todavia?
(ria?
¿Pues por qué has de acabar con menos glo-
¿Tus hechos varoniles cederian
A los de tu niñez? ¡Qué diferencia
Entre el niño y varon tan inaudita!

Al que vencer mil fieras no pudieron
Ni del duro Euristeo las intrigas,
Al que no pudo Juno poderosa,
Ha vencido el amor ¡ó cobardía!

Con todo, por ser de Hércules la esposa
Muger afortunada me apellidan,
Y porque nuera soy del dios terrible
Que ardientes rayos del olimpo vibra.

Cuanto mal, bajo un yugo, en el arado
Novillos desiguales se combinan,
Tanto en el himeneo, humilde esposa
De esposo superior es oprimida.

No es honor, sino carga, tal consorcio;
Apariencia es que oprime á la que liga:
Y si alguna aspirare al himeneo,
Unase con su igual y tendrá dicha.

Mas conocido me es cualquiera huesped,
Que no mi esposo; pues la suerte mia
Quiere que ausente siempre fieros monstruos
Y horribles fieras sin cesar persiga,

Yo en la viuda mansion siempre ocupada
En sacrificios y plegarias pias,
Sin cesar sufro, y temo que mi esposo
Perezca al golpe de una mano inicua.

*

Ya me figuro que las bravas sierpes,
Los ávidos leones que acuchilla,
Los javalís, ó canes de tres bocas
Lo devoran enmedio á la campiña.

Las fibras de las víctimas que inmolo,
Del sueño las imágenes ambiguas,
Y todos los presagios, que la noche
Hace nacer en mí, me aterrorizan.

Escudriño infeliz cuantos rumores
La vagarosa fama preconiza;
Y ora al temor supera la esperanza,
Y ora sobre ella el susto predomina.

Tu madre Alcmena ausente está, llorando
Haber sido de Jove tan querida,
Ni Anfitrion, tu padre, está conmigo,
Ni el hijo nuestro me hace compañia.

El rígido Euristeo, árbitro duro
Del encono de Juno y de las iras,
Me oprime rencoroso, y en mí pesa
El largo enojo de la injusta diva.

Mas tanto padecer aun no bastaba,
Tú tambien con rigor me martirizas,
Amando á mil estrañas, pues cualquiera
A tu infeliz esposa es preferida.

No las violencias que en Arcadia usára
Con Auge hija de Aleo, tu injusticia,
Diré, ni la que hicieras á Astidamia
Hija de Ormeno, desdichada ninfa.

Ni te acriminaré, porque de Tespis
Violó tu amor las numerosas hijas,
Sin que á ninguna de ellas, siendo tantas,
De atropellar dejára tu osadia.

Onfale, otra rival, con nuevo crimen
A tu esposa infeliz fue preferida
Por donde me forzaste á ser madrastra
Del fruto de ese amor, Lamo el de Lidia.

El Meandro que en lúbricos rodeos
Tan tortuoso se revuelve y gira
En unas mismas tierras, que parece
Que sus aguas se tornan á sí mismas;

Pender ha visto de Hércules al cuello
La femenil infame gargantilla;
Al cuello para el cual en otro tiempo
Pequeña carga el cielo parecia.

Ni se avergüenza los membrudos brazos
Adornar con inútiles manillas,
Ni los robustos y esforzados miembros
Engalanar con oro y pedrerias.

¿Y son estos los brazos que el aliento
Hicieron exhalar en cruda liza
Al nemeo leon, cuya piel bruta
Al hombro izquierdo bravo suspendias?

¿Y osaste aderezar tu áspero pelo
Con galas de mi sexo privativas,
Cuando á la sien de Alcides solamente
Del álamo las hojas convenian?

¿No juzgas cosa torpe acomodarte
Esa cintura, mugeril insignia,
A manera de jóven cortesana
Que aplausos desenvuelta solicita?

Cuando así te degradas ¿no te ocurre
De Diomedes la imagen asesina,
Que alimentaba bárbaro sus yeguas
Dándolas carne humana por comida?

Si Busiris llevar te hubiese visto
Ese trage de frágil mugercilla,
¡O cuánta el vencedor afeminado
Confusion al vencido causaria!

Del duro cuello te arrancára Anteo
Ese collar tan propio de una niña,
Porque se avergonzára en ser vencido
De hombre que en tanto estremo se afemina.

Entre las camareras de tu Onfale
Se cuenta que tambien dócil te alistas,
Llevando el canastillo de la rueca,
Temeroso tal vez de que te riña.

¿No rehusa tu mano vencedora,
En mil y mil trabajos aguerrida,
Llevar ese cestillo delicado
En lugar de la clava que solias?

¿Tu tosca mano á manejar se aviene
La ruda lana que tus dedos hilan?
¿Y lo hilado, por peso á tu señora
Entregas, cual las otras lo practican?

¡Ah! cuantas veces al hilar tus manos,
En mas noble ejercicio endurecidas
El huso que manejan vigorosas
Habrán entre los dedos hecho astillas.

Se dice ¡ó infeliz! que tembloroso
Por el flexible azote que á la cinta
Lleva pendiente tu ama, á sus pies puesto
Temes sus amenazas, si se irrita.

Y que en postura tan humilde y baja,
Con todo el aparato que se estila
En los triunfos, refieres tus proezas,
Que en trage tal mejor callar debias.

Cuentas como en la cuna, aun siendo niño
Con mano desarmada y pequeñita,
Oprimidas las fauces, sufocáras
Dos culebras enormes y rollizas.

Cómo en el cipresífero Erimanto
Yaciera al golpe de tu mano invicta
El javalí de Arcadia, cuya mole
La tierra en ancho trámite oprimia.

Ni callas el castigo de Diomedes
Que á sus puertas fijaba, en larga fila,
Los cránèos de los hombres que matára,
Cuya sangre las aguas acrecia.

Ni al gaditano Gerion vencido,
Rico en ganados, dueño de tres islas,
Y triplicado monstruo, pues siendo uno,
Tres cuerpos á la vez lo componian.

Cuentas tambien que impávido al Cerbero,
Que tres cabezas en un cuerpo anima,
Encadenaste sin que estorbo fuesen
Las mil culebras que su piel erizan.

Y la Hidra lernea, á quien fecundas
Las heridas mas fuerzas infundian,
Brotando á cada golpe mas cabezas,
Que al fin ante tus pies quedó rendida.

Al invencible Anteo, cuyas fuerzas
Del terrestre contacto dependian,
Que elevado del suelo en la siniestra
Sufocó de tu diestra la energia.

En fin la turma ecuestre de Centauros,
Monstruos de forma humana y cabalina,
De quien parte mataste, y de Tesalia
Otra parte pusistes en huida.

¿Y vestido de púrpura sidonia
Tantas hazañas, que valor respiran,
Has podido contar, sin que tu lengua
Al verte en ese trage se reprima?

Tambien la ninfa dicen que se adorna
Con tus armas, y de ellas revestida.
Los trofeos ostenta, antes ilustres,
Del que ya su cautivo denomina.

Ves ahora á contar tus fuertes hechos
Con enfática y fiera altaneria, (bre,
Despues que Onfale se transforma en hom-
Porque tú de muger ya te acreditas.

Tanto mas inferior eres á Onfale
Cuanto fue mas valiente bizarria
Vencerte que el vencer ¡ó fuerte Alcides!
A los hombres y fieras que vencias.

De Onfale son tus hazañosos hechos,
De Onfale son tus glorias adquiridas;
Ya no te alabes mas, pues de tus glorias
Es heredera universal tu amiga.

¡O vergüenza! ¡O pudor! ¿la piel velluda,
Que al leon arrancára tu osadia,
A cubrir con su rígida aspereza
Tan delicados hombros se destina?

Tú te engañas, Alcides, y lo ignoras:
Esos despojos, no de la vencida
Fiera son, sino tuyos, tú venciste
Al leon, y á tí Onfale te domina.

Una débil muger, que apenas puede
La rueca manejar de lana enchida,
Maneja ya las matadoras flechas,
De la fiera lernea en sangre tintas.

Y la clava de fieras domadora
Con blanda mano fatigosa enristra;
Y en vez de sus adornos, al espejo
Las toscas armas de su amante mira.

Por la fama estas cosas he sabido,
De la cual no fiarme bien podia;
Que ofende menos el dolor que al alma
Solo por los oidos se encamina.

Mas ¡ay! que ante mis ojos otra nueva
Y estrangera rival es conducida,
Ni ya disimular me es permitido
Lo que sufro y mis ojos averiguan.

Ni aun siquiera permites que se aleje
De la ciudad do estoy tu Yole altiva,
Porque sin duda quieres que mis ojos
La hayan de ver, por mas que lo resistan.

Ni viene, ya que viene la orgullosa,
Cual era conveniente á una cautiva,
Suelto el cabello y encubierto el rostro,
Publicando en su pena sus desdichas.

Entra al contrario tan de oro ornada,
Que aun desde lejos á mirarla incita,
Y engalanada con igual adorno
Al que te degradaba allá en la Frigia.

Se ofrece en espectáculo al concurso,
Fiera de que al grande Hércules humilla:
Diráse al verla que, su padre vivo,
Del triunfo de su pátria se gloría.

Y tal vez, espulsada de la Etolia
Tu miserable esposa Deyanira,
De adúltera dejando el nombre odioso
El de tu esposa tomará la inicua.

Un famoso himeneo dos personas
Entonces unirá con torpe liga,
La del raptor, demente afeminado,
Y la de Yole, infame concubina.

Hiélanseme los miembros al pensarlo,
Y ofuscada la mente se horroriza;
La pluma se me escapa, y ambas manos
Lánguidas al regazo se deslizan.

Tambien á mí me amaste entre otras muchas,
Mas fue puro el amor que me tenias;
Y dos veces por mí (no te avergüences)
Las armas empuñó tu gallardia.

En su orilla Aqueloo, turbio rio
Truncadas vió sus armas retorcidas,
Y lloroso escondió su rota frente
En sus limosas y turbadas linfas.

Y Neso, mi raptor, fiero Centauro,
Cayó del rio Eveno en las orillas,
De tus flechas herido, enrojeciendo
Con su sangre las aguas cristalinas....

¿Mas, qué recuerdo ya? ¡golpe terrible!
Al escribir ¡ó dioses! la noticia
Me llega de su muerte...¿y quién la causa?
¡O túnica fatal! su esposa misma.....

¡Mísera! qué es lo que hice? ¿á do insensata
Me arrebató de amor la llama activa?
¡Bárbara Deyanira! ¿por qué dudas
Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

¿Por ventura tu esposo en el Oeta
Yacerá consumido en la alta pira,
Y tú de tanto luto causadora
Querrás sobrevivir á sus cenizas?

Si aun algo puedo hacer que me acredite
Consorte que de Alcides no desdiga,
Es morir valerosa, y con mi muerte
Probar que soy su esposa amante y fina.

Así verás tambien, ó Meleagro, (na.
Que no es tu hermana de su hermano indig-
Bárbara Deyanira ¿por qué dudas
Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

Un invasor tirano ocupa el solio
De mis padres ¡ó mísera familia!
Y á mi infelice padre despojado
Ya la cansada senectud fatiga.

Desterrado Tideo, hermano mio,
Vaga en ignotos y estrangeros climas:
Meleagro ardió vivo, cuando ardiera
El tronco en que su vida consistia.

Mi madre Altea con sus propias manos
Hundió en su seno la mortal cuchilla.
Bárbara Deyanira ¿por qué dudas
Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

¡O idolatrado Alcides! solamente
Una cosa mis ruegos te suplican,
Por nuestra santa union, jamás se crea
Que yo pude atentar contra tus dias.

Neso al mirar en su amoroso pecho
Tu saeta mortal clavada y fija:
Esta sangre, me dijo, *hará que Alcides*
Te torne á amar, si alguna vez te olvida.

Con este solo fin, tinta en su sangre
La túnica mi amor te dirigia,
Bárbara Deyanira ¿por qué dudas
Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

Sí; vamos á morir. Padre querido,
¡A dios por siempre! á dios, hermana mia;
A dios, amada pátria; á dios, Tideo,
Do quier que fugitivo errante vivas.

A dios, luz, que á mis ojos desdichados
Por la postrera vez alumbra y brilla:
¡Hijo! á dios: dulce esposo...¡ya no existe!
Pues su esposa infeliz tampoco exista....



HEROIDA DECIMA.

ARGUMENTO.

Vencidos los atenienses por Minos rey de Creta, quedaron obligados al tributo anual de siete jóvenes y siete doncellas, destinados á alimentar al monstruo llamado Minotauro, encerrado en un intrincadísimo laberinto. Entre los jóvenes tocó la suerte á Teseo, quien ausiliado de Ariadna, hija del rey, logró matar al Minotauro y poder salir del laberinto libre y victorioso. Al volverse á su pátria se fugó con él Ariadna que lo amaba; pero Teseo aprovechándose del profundo sueño de la jóven continuó su navegacion, dejándola abandonada en una isla desierta, desde la cual escribe ella pintando su sorpresa, desolacion, temores y toda su deplorable situacion, suplicándole que vuelva á llevarla, ó al menos á llevar sus huesos si hubiere muerto.

ARIADNA

Á

TESEO.

Hallé las fieras todas en esta isla
Menos que tú, crueles y tiranas;
Ni entregada al mas bárbaro pudiera
Más infelice ser, que á tí entregada.

Esta carta que ves ¡ó vil Teseo!
Te la dirijo desde aquella playa,
De dó con todos y sin mí, los vientos
Tu velero bajel arrebatáran.

De la desierta playa, do mi sueño
Y tú con las traidoras asechanzas
Que á mi dormir pusieras, me vendisteis,
Dejándome á morir abandonada.

Era el tiempo otoñal en que la tierra
Comenzaba á cubrir la vítrea escarcha
Cuando las avecillas, escondidas
Entre las hojas, querellosas cantan.

Lánguida con el sueño y perezosa,
Incierta si dormia, ó si velaba,
Tiendo las manos, que con fiel cariño
Hácia tí se dirigen espontáneas.

Nada encuentro, y de nuevo cuidadosa
Una vez y otra vez toco la cama,
Solícita recorro todo el lecho;
Pero ¡ay! en vano mi inquietud se afana.

Con la mortal sorpresa, huyóse el sueño,
Y temblorosa, atónita y turbada
Me incorporo, y del lecho solitario
Me arrojo, sin saber lo que me pasa.

En mi pecho al instante resonaron
Los repetidos golpes que inhumanas
Descargáran mis manos, ni el cabello
Perdonaron inculto cual estaba.

Alumbraba la luna, y con la vista
Registro la ribera solitaria
Por si algo en ella veo, mas en vano
De la vista apuré la perspicacia.

Acá y allá sin órden y sin fruto,
Casi fuera de mí, corro insensata,
Aunque la arena móvil impedia
Mis inespertas juveniles plantas.

Entre tanto, *¡Teseo! ¡mi Teseo!*
En alta voz, llamándote, clamaba,
Y *Teseo* tan solo respondian
Las rocas de la cóncava montaña.

Y cuantas veces mi amoroso labio
Tu nombre pronunció, por otras tantas
Lo repitió la roca compasiva,
Queriendo así aliviar mi pena amarga.

Hay un áspero monte, en cuya cumbre,
Aunque raras, se ven algunas plantas,
Altísimo peñasco, que parece
Que á desplomarse va sobre las aguas.

A su escarpada cima me encamino
Mis fuerzas animando casi exhaustas,
Y deste modo los tendidos mares
Recorro con la vista á gran distancia.

Desde allí pude ver (pues que los vientos
Tambien mis enemigos se declaran)
Que volaba tu nave, cuyas velas
Con el rápido noto iban infladas.

O ya fue que la viese, ó ya mis ojos
Se persuadieron crédulos mirarla,
Helóseme la sangre, y de sentido
En desmayo mortal quedé privada.

Mas el mismo dolor, no permitiendo
Que así permaneciese, me restaura,
Y apenas vuelvo en mí, llamo á Teseo
Con voz, en cuanto pude, la mas alta.

,,¿A dónde vas, esclamo, atroz Teseo?
,,Vuelve, malmado, vuélvete ¿qué tardas?
,,Torna, torna tu nave: ¿de su gente
,,El número incompleto no reparas?"

Así clamo, supliendo mis gemidos
Lo que la voz solícita no alcanza,
Y golpes repetidos en mi pecho
Tambien á mis gemidos acompañan.

Y por si no me oyeras, y á lo menos
Pudieras descubrirme, aunque lejana,
Mil señas con las manos repetia
Que tu atencion enérgicas llamáran.

Un blanco lienzo tremolé, fijado
En una larga y oportuna vara,
Para que á tí y los tuyos advirtiera
Que en la playa desierta me olvidaban.

Ya que verte no pude, de mis ojos
Pudo el llanto correr con abundancia,
Que entorpecidos antes con el susto,
Aun de tan triste alivio no gozaba.

¿Y qué cosa mejor hacer podian
Mis tristes ojos que llorar mis ansias,
Despues que para siempre mi desdicha
Los privó de mirar tu nave ingrata?

Ora, desesperada y sin consuelo,
Errante vago do el furor me llama,
Esparcido el cabello, como suele,
Agitada del dios Bacante insana.

Ora contemplo los inmensos mares,
Sobre una dura roca reclinada;
Y tan yerta y estúpida me siento,
Como la dura roca que me carga.

Mil veces voy al lecho que en la noche,
Víspera de tu fuga y mis desgracias,
Juntos nos llegó á ver, mas que ya juntos
No nos veria mas á la mañana:

Y, ya que á tí no puedo, tus vestigios
Miro á lo menos, comprimida el alma,
Y el lecho á quien tu cuerpo fatigado,
Dormido, su calor comunicaba.

Al ver el lecho tiemblo conmovida,
Y mis ojos en llanto se desatan;
Mójolo con mis lágrimas, y esclamo:
,,Pues te ocupamos dos, dáme al que falta."

,,Si dos á tu quietud nos acogimos
,,Díme, pérfido lecho, ¿por qué causa
,,No salimos los dos? ¿mi mejor parte,
,,Mi adorada mitad, adonde se halla?

¡Ah! ¿qué tengo de hacer? ¿adonde sola
Me podré dirigir? inhabitada,
No presenta á mis ojos esta isla
Vestigio alguno de persona humana.

Rodeada de mares por do quiera
Nadie las ondas navegando pasa,
Ni se descubre navecilla alguna
Que atraviese sus sendas ignoradas.

Mas quiero suponerme compañeros,
Nave dispuesta y favorables auras;
¿Adonde iria, si tornar no puedo
Al ofendido suelo de mi pátria?

Aunque dichosamente navegase
En mar serena, libre de borrascas;
Aunque los vientos aplacase Eolo,
Do quier seré infeliz y desterrada.

¡Ah! jamás otra vez mis tristes ojos
Te volverán á ver, ó Creta cara,
En cien bellas ciudades dividida,
Y á quien de Jove decoró la infancia.

Pues á mi padre Minos, y aquel suelo
Do justo impera próbido monarca,
(¡O amados nombres de mi pátria y padre!)
Ofendió mi conducta poco sábia;

Cuando, para que tú no perecieses
Perdido en las incógnitas murallas
Del corvo laberinto, te dí el hilo
Que al salir dirigiera tus pisadas.

Cuando infiel me decias: ,,yo te juro
,,Por los mismos peligros que me aguardan,
,,Que has de ser mia, sí, mientras vivamos,
,,¡O dueño de mi vida! ¡ó Ariadna!

Vivimos, sí, vivimos ¡ó Teseo!
Y yo tuya no soy.... (¡Promesas falsas!)
Si aun viva puedo estar cuando al sepulcro
Traiciones de un perjuro ya me arrastran.

¡Oh si tambien á mí tu ímproba diestra
Arrancára la vida con la clava
Que la arrancó á mi hermano! con mi muerte
Soltárase la fe de tus palabras.

Mas ahora ¡ay de mí! no solo pienso
En los forzosos males que me amagan,
Mas temo cuantos males sufrir puede
Cualquiera que se ve en mis circunstancias.

Mil géneros de muerte á cada instante
A la imaginacion fieros asaltan;
Y es menos duro recibir la muerte,
Que en tan horribles dudas esperarla.

Ya por aquella parte, ó ya por esta
Pienso que con furor se me abalanzan
Devoradores lobos, que mis miembros
Con insaciable diente despedazan.

Tal vez en este suelo solitario
Erizados leones se propagan;
O quien sabe tambien si aquí se crian
Hambrientas tigres de sañuda garra.

Tambien se dice que los anchos mares
Monstruos marinos de su seno lanzan (me
¿Ni quién podrá impedir que el pecho iner-
Me traspase cuchilla sanguinaria?

¡Mas en tantos peligros, á lo menos
Entre duras cadenas cual esclava
No me llegue á mirar, envilecida
Y en serviles labores ocupada!

¡Yo, que por padre tengo al sábio Minos
Y que tengo por madre á la preclara
Hija del sol, y lo que es mas, que estuve
Ya para esposa tuya destinada!

Si ven mis ojos la anchurosa tierra,
O del undoso már la estension vasta,
El ancha tierra y estendidos mares,
Con mil y mil peligros me amenazan.

Faltábanme los cielos, mas en ellos
Temo ofendidas las deidades sacras:
¡Infeliz! no me queda otro recurso,
que servir de alimento á fieras bravas.

Aunque habitáran hombres estos climas
¿Tendré ya de los hombres confianza?
¡Ay! ¡cuán á costa mia he aprendido
De los estraños á temer las tramas!

¡O si mi hermano Andrógeo no muriera,
Y tú, malvada Atenas, no pagáras
Su muerte con la muerte de los tuyos
Quedando al Minotauro tributaria!

¡Ni al fiero monstruo, pérfido Teseo,
Postrado hubiera tu nodosa masa;
Al fiero monstruo que de toro y hombre
Compuesta tuvo su figura rara!

¡Ni yo te diera el hilo que del hondo
Laberinto te dió salida franca;
El hilo que al librarte de la muerte
Mis afanosas manos preparaban!

Ya no me admira, nó, que por do quiera
Junta contigo la victoria vaya,
Ni de que el suelo de la Creta el monstruo
tiñera con su sangre derramada.

Pues mal pudiera tus entrañas férreas
Herir el Minotauro con sus astas,
Que aun sin cubrirte el pecho ibas seguro
Si su misma dureza lo resguarda.

Rocas en él al hierro impenetrables
Y diamantes durísimos llevabas,
Y aun á tí mismo, ingrato, que en dureza
Al diamante y las rocas aventajas.

¡Sueño cruel! ¿por qué me hundió importuna
En tan hondo letargo tu eficacia?
Mas ya que asi lo hiciste ¡en noche eterna
Dejárame dormir tu fuerza aciaga!

Y vosotros tambien, vientos crueles,
Sobrado prevenidos á su marcha,
Cuya aura, para todos favorable
Solo á mí, y á mis ojos fue contraria.

Y tú, diestra cruel, que ya en la muerte
De mi hermano la mia preparabas;
Y en fin traidora fé, que tan en vano
Me juró de tus labios la falacia.

Conjuráronse en fin en daño mio
Juntos el sueño, el viento y la fe vana;
Y siendo yo una sola y débil jóven,
Para perderme uniéronse tres causas.

¿Luego habré de morir sin ver siquiera
Correr el llanto de una madre amada?
¿Luego habré de morir sin que mis ojos
Llegue alguno á cerrar con mano grata?

¿Mi espíritu infeliz vagará errante
De aura estrangera en las regiones vacuas?
¿Ni habrá una mano amiga, que piadosa
Unja mis miembros compasiva y blanda?

¿Posarán en mis huesos insepultos
Aves marinas de mis miembros hartas?
¿Y estos sepulcros son el digno premio
Que á mi amor y servicios se preparan?

Tú entre tanto á los puertos ¡ó Teseo!
De Atenas llegarás, y á tu llegada,
Cuando en tu pátria recibido seas
Y conducido de ella al alto alcazar;

Al referir del fiero Minotauro
La muerte entre tus ínclitas hazañas;
Cuando del intrincado laberinto
Y sus enredos vencedor te aplaudas:

Refiéreme tambien en un desierto
Abandonada con silencio y maña;
Que no debo en verdad ser omitida
Al numerar tus glorias y alabanzas.

¡Engañador...! Ni Egeo fue tu padre,
Ni tú eres hijo de Etra, cual te jactas:
Los implacables mares y las rocas
Tus genitores son y tu prosapia.

¡O si los dioses próbidos hicieran
Que desde tu alta popa me miráras!
El estado infeliz en que me has puesto
A compasion moviera tus entrañas.

Mas si no con los ojos, con la mente
Mírame al menos: tu traicion nefanda
Mira cual me pusiera. En una roca
Do baten sin cesar las ondas vagas:

Esparcido en los hombros el cabello,
Cubriendo en parte la llorosa cara:
Ponderoso el vestido, que cual lluvia
Mis perennales lágrimas empapan:

El cuerpo tembloroso, como suelen
Las espigas del Bóreas agitadas,
Y escribiendo con pulso vacilante
Las mal formadas letras de esta carta.

Tal es mi situacion; mas no te ruego
Por mis servicios, pues tan mal se pagan,
Ni quiero que por ellos te merezca
Mi mal pagado amor alguna gracia;

Mas castigo tampoco y si no he sido,
Cual tal vez piensas, la ocasion que salva
Tu vida conservó, no hay por que seas
La ocasion de mi muerte desastrada.

Y asi desde este lado de los mares,
Que por mi mal inmensos nos separan,
Tendiéndote infeliz las manos puestas,
De tanto herirme el pecho fatigadas:

Te ruego, aquí postrada, por los pocos
Cabellos que escaparon de mi saña,
Y por el tierno y abundoso llanto
Que arranca de mis ojos tu inconstancia:

Que te vuelvas, Teseo idolatrado;
Que otra vez ácia aquí tu nave traigas;
Y si muerta me hallares, á lo menos
Los huesos llevarás de la que amabas.



HEROIDA UNDECIMA

ARGUMENTO.

Canace y Macareo, hijos de Eolo, dios de los vientos, se amaron criminalmente, y descubierto por su padre su incestuoso amor á los sollozos del inocente fruto de sus torpezas, mandó que éste se echase á las fieras para que lo devorasen, y envió á su criminal hija un puñal para que usára de él segun sus méritos. Canace antes de darse la muerte da parte á Macareo, que se habia escapado, de lo sucedido, encargándole reuna sus cenizas con las de su hijo.

*

CANACE

A

MACAREO.

Si mal formadas á tus manos llegan
Estas letras tal vez, ó estos borrones,
¿Qué mucho que tan próxima á la muerte
Quien las escribe las confunda y borre?

Tengo en la diestra la turbada pluma,
En la izquierda el puñal de agudo córte,
Y en mi regazo abierta está la carta,
En que al morir te escribo estos renglones.

Tal es, al escribirte, de tu hermana,
Hija de Eolo, la aptitud y porte,
Pues solo asi aplacar juzgo que puedo
De mi tirano padre los furores.

Quisiera yo que él mismo de mi muerte
Fuese el espectador, pues él entonces,
Ya que es de ella el autor, fuera el testigo,
Y viérame espirar al fatal golpe.

Que siendo sus entrañas implacables,
Mas que los vientos que gobierna, atroces,
Viera sin duda mi morir sangriento
Con secos ojos y semblante inmoble.

No es mucho que quien vive con los vientos,
Si ellos feroces son, feroz se torne,
Ni que su condicion áspera y dura
Con la de sus vasallos se conforme.

El impera los zéfiros y notos,
Los tracios, vendavales y aquilones
Y al Euro alado, gobernando fiero
Sus giros, sus impulsos y sus choques.

Manda en los vientos ¡ay! pero no manda
En sus hinchadas iras y pasiones:
A los vientos sujeta y no sujeta
Sus iras, que los vientos mas feroces.

¿Qué me aprovecha hasta el olimpo alzada
Por una estirpe sobre todas noble,
Descender de los dioses inmortales
Y tener por abuelo al mismo Jove?

¿Dejo por eso de empuñar sangrienta
El funesto puñal, nada conforme
A mi tímido sexo? ¡ó duras armas,
De mi padre cruel fúnebres dones!

¡Ojalá, Macareo, que la hora
Que enlazó nuestros tiernos corazones,
Llegára, cuando heladas mis cenizas
En el hondo sepulcro se coloquen!

¡Ojalá, hermano, que jamás pasáran
Del fraterno cariño tus amores,
Ni yo los sacros límites rompiera (ne!
Que entre hermano y hermana el deudo po-

Mas tambien me abrasé, y allá en el pecho
Tambien llegué á sentir no sé que ardores,
Que una alada deidad, segun oía,
Sabe ciega encender con sus arpones.

Su púrpura perdieron mis megillas,
Y en palidez trocados mis colores,
Perdí tambien el gusto á los manjares
Y el forzado comer debilitóme.

De mis ojos el sueño se alejaba
Y eran eternas para mí las noches,
Arrojando del pecho hondos suspiros
Sin que ningun dolor los ocasione.

Ni para obrar de un modo tan estraño
Hallaba yo motivos ó razones;
Ni supe qué era amor, mas sin saberlo
Probaba ya mi pecho sus rigores.

Antes que yo, mi práctica nodriza
Conoció mis amantes aficiones,
Y ella fue la primera que me dijo:
Amas, y tú tal vez no lo conoces.

Avergoncéme, y retirando al seno
La vista, el rostro de rubor cubrióse:
Indicios claros del amor que en vano
Quisieran ocultarla mis temores.

Pues ya turgente el seno, descubria
El fruto indigno de un cariño torpe,
Y ya me fatigaba el peso estraño
De la escondida, mas creciente mole.

¿Qué yerbas repetidas, qué remedios,
Qué inútiles y amargas confecciones,
No me dió la nodriza? ¿y qué no hizo,
Para ocultar al mundo mi desórden?

Mas á pesar de todos sus arbitrios
Nunca pude arrojar la tierna prole;
(Y este solo delito te ocultamos,
Temiendo con razon tus reprensiones):

Pues el vivaz infante se mantuvo
En el materno seno, desde donde
Burlándose de todas nuestras artes
Contra sus enemigos fue de bronce.

Ya nueve veces la brillante luna,
Bella hermana del sol, sus esplendores
Mudado habia, y en su hermoso carro
Otra vez la llevaban sus bridones.

Cuando, sin poder yo saber la causa,
Me acometieron súbitos dolores
Hallándome, por falta de esperiencia,
Novicia en semejantes ocasiones.

Sin poder contenerme di mil gritos:
¿Qué haces? me dijo la nodriza *¿al orbe*
Quieres mostrar tu crimen? y dicho esto
Con ambas manos sufocó mis voces.

¿Qué pude hacer? ¡ó triste! me incitaban
A gemir mis agudas afficciones;
Mas la vergüenza, el miedo, y la nodriza,
Todos á mi gemir juntos se oponen.

Al instante mis voces y gemidos
Contengo á mi pesar, y ni aun que asomen
Consiento ya mis lágrimas, que ansiosas
Anhelaban salir á borbotones.

La muerte en tanto ante mis ojos veo
Pues Lucina en mi afan no me socorre;
Mas ¡ay! que aun el morir era delito,
Si un delito á morir me predispone.

Rasgábame la túnica y cabello.
Cuando llegaste tú, y en mis transportes,
Al oprimido pecho alivio diste
Con tu amorosa voz y exhortaciones.

,,Vive, dijiste, vive, cara hermana,
,,Vive, querido amor; no te acongojes:
,,No en una sola muerte, de dos vidas,
,,A cual mas cara, los alientos cortes.

,,Anima tu vigor con la esperanza,
,,Pues serás de tu hermano la consorte;
,,De aquel que, como hermano y como esposo,
,,Doble culpa tendrá si no te acorre."

Tus palabras, creeme, aun casi muerta,
Dándome nueva vida, me reponen,
Y doy á luz en fin, con mi deshonra
El fruto criminal que la supone.

Al ver que te alegrabas del suceso:
,,Téme, esclamé, de un padre los rigores;
,,Que ambos pereceremos con el niño,
,,Si de su vigilancia no se esconde."

Luego que en salvamento te pusiste,
Entre ramos de oliva y entre flores
La diligente anciana oculta al niño,
Y un sacrificio finge que dispone.

Sale con el infante, y mil plegarias
Haciendo al cielo va por los salones
En alta voz, y así la dejan todos,
Y aun mi padre, salir, sin que la estorben.

Ya estaba en los umbrales del palacio
Cuando mi padre los gemidos oye
Del niño, que inocente se descubre,
Dando indicios de sí con sus clamores.

Arrebató al infante el fiero Eolo,
Descubriendo las falsas devociones
De la nodriza fiel, y siendo causa
De que todo el palacio se alborote.

Cual suele de aura leve sacudido
Agitado temblar el mar salobre,
O cual suele agitarse tembloroso
De ardiente noto sacudido el roble:

Asi mi cuerpo pálido miráras
Sacudido vibrarse en mil temblores,
Con tal violencia que aun el lecho mismo
Do estaba, á par conmigo conmovióse.

Precipítase Eolo á mi aposento
Furioso, y sin que nada lo reporte,
Mi vergüenza publica, y puede apenas
Las manos contener sin darme golpes.

Yo en tanto avergonzada, nada digo,
Solo mi llanto en abundancia corre,
Que la tímida lengua, con el susto
Helada de temor se quedó inmóvil.

Y ya mandado el tierno nieto habia
A Canes entregar devoradores
Y á destructoras aves, arrojado
En solitarios y desiertos bosques.

El mísero inocente sollozaba
Cual si entendido hubiera la atroz órden,
Y con llorar parece que pedia
A su implacable abuelo la revoque.

¿Cuáles mis penas ¡ay hermano mio!
Cual mi fiera amargura, te supones,
(Bien puedes por las tuyas en tal lance
Adivinar mis penas interiores)

Al ver sacar...¡O pena inexplicable!
Al ver sacar á los desiertos montes
Al hijo de mi amor, á mis entrañas,
Para que hambrientos lobos lo destrocen?

Salió mi padre en fin, y devorada
Mi alma de los tormentos mas enormes,
Con ambas manos desgarréme el seno
Y el rostro todo hasta quedar deforme.

Entre tanto un ministro de mi padre
Ante mis tristes ojos presentóse,
Y con voz dolorida y balbuciente
Sus indignos decretos anuncióme.

„Tu padre Eolo, dijo (entre mis manos
„Poniendo la cuchilla) en ese estoque
„Ordena que tú misma sus preceptos
„Entiendas, y á tus méritos lo adoptes."

,,Los entiendo, le dije, y sin tardanza
,,De este fiero puñal usaré dócil,
,,En el pecho ocultando de mi padre
,,El postrimero don. Esto responde."

¡Padre cruel! ¿tan fúnebres regalos
Al tálamo de una hija corresponden?
¿Un asesino matador acero
Será de esta infeliz la nupcial dote?

Engañado himeneo, tus alegres
Antorchas á otra parte se trasporten:
Huye ya de este sitio abominable,
Huye con plantas prestas y veloces.

Y vosotras ¡ó furias del averno
Crinadas de silvantes vivorones!
Vuestras hachas traed, que es justo que ellas,
Si no el lecho nupcial, mi pira adornen.

¡Venturosas hermanas! ¡ah! casaos
Con auspicios mas gratos y mejores
Que lo fueron los mios; y mi crímen
A vuestro incauto amor sirva de norte.

¿Cuál fue empero la culpa de ese niño,
Que pocas horas antes entró al goce
De su infausto vivir? ¿con qué delito
Mereció de su abuelo los rencores?

Si pudo merecer muerte tan dura
Está bien que las fieras lo devoren;
Mas ¡ay! que solo por mi culpa muere,
Sin que aun sombra de crímen se le note.

¡Hijo infeliz! martirio de tu madre,
Presa inocente de ávidos leones,
Devorado ¡ay de mí! de crudas fieras
En tu luz natalicia ¡ó santos dioses!

¡Hijo! prenda infeliz de unos afectos
Tan desdichados cuanto mal acordes,
Hoy viste tu nacer, y hoy mismo viste
Tu morir entre bárbaros horrores.

¡Ni siquier me fue dado el inundarte
De mi llanto en las tiernas efusiones!
¡Ni arrojando en tu pira mis cabellos,
Hacer á tus cenizas los honores!

¡Ni te abracé cadáver, ni en tu rostro
De mi labio estampé las impresiones!
Fieras te devoraron en vez de esto
Do te arrojáran bárbaros traidores.

Mas ya tu madre ¡ay hijo! va á seguirte
De la muerte á las lóbregas mansiones:
Si poco tiempo me nombraron madre,
Poco quiero que huérfana me nombren.

Y tú, de quien en vano en el de esposo
Esperaba cambiar de hermano el nombre,
De esa inocente víctima los restos
Esparcidos, solícito recoge.

Y unidos á los mios infelices
Juntos en un sepulcro haz que reposen,
Y en la muerte por fin, ya que no en vida,
Estar unidos hijo y madre logrén.

No me olvides jamás; antes te pido
Que sobre mis heridas tierno llores,
Ni amante temeroso, de tu amante
Te horrorice el cadáver, ó te asombre.

Ruégote que ejecutes de una hermana
Los últimos preceptos que te impone,
Cual yo ejecuto ahora de mi padre,
Hundiéndome el puñal, las intenciones.....

HEROIDA DUODECIMA.

ARGUMENTO.

Jason para conquistar el Vellocino de oro (que era una piel de carnero con sus lanas de aquel metal) tenia que subyugar dos toros que arrojaban llamas, uncirlos y sembrar los dientes de una vívora, de que nacerian luego hombres armados contra el sembrador: vencidos estos, debia adormecer al dragon que custodiaba al Vellocino, y que jamás dormia. No hubiera podido vencer estos imposibles, sin valerse de los encantos de Medea, hija del rey de Colcos, á la que dió palabra de esposo, venciendo por su medio todas las dificultades; con lo cual conquistado el Vellocino, volvió con ella á Tesalia, en donde hizo otros servicios á Jason. Este sin embargo la repudió para casarse con Creusa hija de Creon, rey de Corinto. Despechada Medea escribe al ingrato, recordándole lo que ha hecho por él, y amenazándolo, si no la aplaca, con su venganza. Asi lo verificó matando á sus hijos é incendiando el palacio de Creon.

MEDEA

Á

JASON.

Desterrada, indigente y despreciada
Al esposo reciente asi me quejo:
¿Ni un instante, Jason, para escucharme
Te dejan los asuntos del gobierno?

Pues en verdad que yo de la gran Colcos
Siendo la soberana (bien me acuerdo)
Cuando pediste ausilios á mi magia,
Para escucharte tuve espacio y tiempo.

Entonces ¡ay! entonces las hermanas
Que el hilo de la vida van torciendo,
Debieran en el hilo de la mia
Cortar el curso á mi vital aliento.

Entonces pude venturosa y casta
Exhalar el suspiro postrimero,
Pues desde entonces mi vivir ha sido
Un cúmulo fatal de contratiempos.

¡Infelice de mí! ¿por qué impelida
De juveniles brazos, á mis puertos
Nave pélia llegó, la piel buscando,
Que consagrára Frixo al Dios guerrero?

¡Oh nunca visto hubiésemos en Colcos
De esa nave tesálica los remos!
¡Nunca del Fasis las corrientes aguas
Gustado hubiesen atrevidos Griegos!

¡Nunca incautos mis ojos se prendáran,
Mas que debieran, de tu rubio pelo,
Ni yo de la elegancia engañadora
De tus hermosos labios lisongeros!

O (ya que á nuestras playas arribára
Ese incógnito barco aventurero,
Y en ellas esos hombres temerarios
Peligros arrostrando el pie pusieron)

El ingrato Jason, sin los ausilios
Que le dieran mis mágicos remedios,
Lidiado hubiera con los bravos toros
De armada frente y anhelando fuego.

Y sembrando despues, cuantas semillas
Arrojase, otros tantos corpulentos
Enemigos nacieran, que á su mismo
Mísero agricultor hubieran muerto.

¡O cuántas falsedades y perfidias
Perecieran contigo, hombre protervo!
¡Y oh! de cuantas desdichas y amarguras
Mi afànoso vivir quedara exento!

Mas pues echar en cara los servicios
A los ingratos es algun consuelo,
Quiero, ingrato, gozar este deleite
Unico que de tí tener ya pienso.

En nunca vista nave yendo á Colcos,
De tu rey el mandato obedeciendo,
Entraste ¡nunca entráras! de mi pátria
Al bien regido y venturoso reino.

Lo que tu nueva esposa es en Corinto
Era en Colcos Medea; ni exagero
Si afirmo que tan rico como el suyo
Es mi padre, y tú sabes que no miento.

Pues si de Efira, puesta entre dos mares
Hoy empuña Creon el rico cetro,
De la nivosa Scitia impera Minos
Cuanto el Ponto á su izquierda baña inmenso.

A la pelasga juventud mi padre
Hospedó en sus alcázares soberbios,
Y vosotros los griegos oprimisteis
Ricos estrados y pintados lechos.

Entonces te miré, y empecé entonces
A tener de Jason conocimiento;
Y éste conocimiento y esta vista
Primer origen de mi ruina fueron.

Pues verte y perecer, uno fue todo,
Sintiéndome abrasar de un nuevo incendio,
Cual en las aras de los sacros dioses
Suele encenderse resinoso leño.

Tu hermosa gentileza, y el destino
Que me arrastraba, juntos me perdieron,
Y tus vivaces ojos á los mios,
Robándoles la luz, dejaron ciegos.

Bien, pérfido Jason, lo conociste,
Porque ¿quién al amor tendrá secreto,
Cuando es su llama tal que do se enciende
Da de sí misma indicios manifiestos?

Entre tanto las leyes se te intiman
De que los toros de Mavorte fieros
Al insólito arado sujetáras,
Domando con valor sus duros cuellos,

Fieras aun mas por su hálito temibles
Que por sus duros y torcidos cuernos,
Pues llamas encendidas respiraban
De la tosca nariz por ambos huecos.

De sólido metal los pies tenian,
De sólido metal el ancho cerco
De una y otra nariz, ennegrecido
Con su mismo volcánico resuello.

Se te ordena ademas que la semilla,
Germinadora de enemigos pueblos,
Con mano decidida y afanosa
Sembrando esparzas en el campo estenso.

Para que los ejércitos nacidos
Las congénitas armas esgrimiendo
Tu persona invadiesen. ¡Mies ingrata
Al mismo que procura sus aumentos!

Con arte adormecer los fieros ojos,
Que al sueño sucumbir jamás supieron,
Del Dragon que guardaba el Vellocino,
Se te impone por último precepto.

Mi padre apenas intimó estas leyes
Cuando en triste y atónito silencio
Os levantasteis de la mesa todos,
De púrpura dejando los asientos.

¡O cuán distante de tu mente entonces
Estaba de Creusa el opulento
Reino, su rica dote, y cuan distantes
La hija del gran Creon y el rico suegro!

Triste saliste, y húmedos mis ojos,
Cual queriendo llorar, te iban siguiendo,
Y aun mis tímidos labios en voz tenue
Un *á dios* espresivo te dijeron.

Despues que del amor tan mal herida
Me recogí á la cama en mi aposento,
Cuan larga fue la noche, la pasaron
En lágrimas mis ojos y en desvelo.

Figurábame ver los igneos toros;
La semilla nefanda, produciendo
Armadas huestes; al dragon insomne,
Y á tí á la muerte inevitable espuesto.

De una parte el amor y el miedo de otra,
Aumentando al amor el mismo miedo,
Me combatian, cuando entró mi hermana
Del aurora al crepúsculo primero.

Hallóme sobre el rostro recostada,
El cabello en desórden y revuelto,
Inundada en el llanto, que mis ojos
Por la primera vez al amor dieron.

Para los Minios mi favor implora,
(Favor que á mi rival dará el provecho)
Y cuanto ella me pide, fácilmente
A Jason voluntaria lo concedo.

Yace un bosque de pinos y de encinas
Con las hojas y ramas tan espeso,
Que aun del sol á los rayos, puede apenas
Humana planta penetrar su centro.

Hay en él, y hubo siempre, de Diana
Fabricado de mármoles un templo,
Do está de oro la estatua de la Diva,
Labrada por artífice estrangero.

No sé si, como á mí, dado al olvido
Estos sitios habrás; sé que asistiendo
En el templo los dos, tu astuto labio
Me tuvo este falaz razonamiento:

,,La fortuna en tus manos ¡ó Medea!
,,La decision de mi salud ha puesto;
,,O la vida, ó la muerte está en tu arbitrio,
,,O la vida, ó la muerte de tí espero.

,,El poder dar la muerte es harta gloria
,,A quien poder agrada tan funesto;
,,Mas ¡ah! ¡cuánto mayor será la tuya
,,Si vida en vez de muerte te merezco!

,,Por los males y riesgos que me cercan
,,(De que puedes librarme con quererlo)
,,Por tu ilustre nobleza, y por el numen
,,De quien todo lo ve, tu sacro abuelo;

,,Por el triforme rostro de Diana,
,,Por sus celebridades y misterios,
,,Y por los otros dioses, si á otros rinde
,,Esta nacion los cultos de su celo;

,,Apiádate de mí, doncella hermosa,
,,Apiádate benigna de mis deudos;
,,Y hazme, con el favor que de tí imploro,
,,Tu fiel admirador, tu esclavo eterno.

,,Y si no se desdeña tu hermosura
,,De tener por esposo á un forastero;
,,(¿Mas cómo tan piadosos y tan mios
,,A los dioses osado me prometo?)

„Antes verás en las sutiles auras
„Mi espíritu vital quedar disuelto,
„Que yo, si á tí no fuere ¡ó dueño mio!
„Mi mano y corazon ceda á otro dueño.

„De mi promesa fiel, testigo sea
„Juno, deidad propicia á los conciertos,
„Y esta diosa tambien á cuya vista
„Y en cuyo templo estamos y venero."

Estas promesas, y otras mil que callo,
Y el juntar á la mia, amante y tierno,
Tu diestra mano, el corazon sencillo
De una simple doncella sedujeron.

Y aun ví correr tus lágrimas: ¿en ellas
Tambien pudo caber el fingimiento?
Así yo, incauta jóven, muy en breve
Triste víctima fuí de tus enredos.

Unces en fin los toros, de sus llamas,
Merced á mi favor, quedando ileso;
Y cumples con la ley que se te impone
Arando firme el sólido terreno.

Los serpentinos venenosos dientes
En lugar de semilla siembras luego,
Y armada de cuchillas y de escudos,
Nace súbita hueste de guerreros.

Yo misma que el remedio dado habia
Helada de temor quedé en mi puesto,
Al ver á los guerreros furibundos,
Que empuñaban feroces los aceros.

Mas por fin los terrígenas hermanos
(¡Suceso lamentable y estupendo!)
En recíproca lid contra sí mismos
Las enojadas diestras convirtieron.

He aquí luego el dragon, todo erizado
De sonantes escamas, que tremendo
Silvando viene y con el pecho barre
La tierra en ancho y lúbrico sendero.

¿Do estaba entonces la opulenta dote?
¿Do estaba entonces el consorcio regio?
¿Do el Itsmo de Corinto, q e divide
Dos mares en las aguas interpuesto?

Yo, á quien pasados ya los beneficios
Bárbara denomina tu despego;
Yo que ahora á tus ojos solamente
Pobre y nociva mágica aparezco,

Aquella soy, que adormeció con maña
Los encendidos ojos del despierto
Y espantoso dragon, y la que amante
Te entregó el Vellocino sin tropiezo.

Por tí vendí á mi padre: por tí solo
Mi reino y pátria abandoné, creyendo
Que todo esto era nada, comparado
Al placer de seguirte en un destierro.

Mi pudor virginal fue triste presa
De un robador estraño y embustero,
Y abandonadas mi querida madre,
Y la mejor de las hermanas, fueron.

Mas no así, por mi mal y tu desdicha,
Sin tí me vine de mi pátria huyendo,
¡Oh mi hermano infeliz...! Aqui la diestra
Se resiste á escribir, y el tino pierdo.

Lo que sangrienta ejecutó mi mano
No se atreve á escribir. ¡O justo cielo!
Así debieran ser, mas con los tuyos
Despedazados ¡ó Jason! mis miembros.

Tímida ahora, entonces no temia
(¿Mas qué temer, despues de tanto exceso?)
Aventurarme al mar, muger y jóven,
Manchada ya con crímenes tan feos.

¿Cómo allí hundidos no pagamos ambos,
¡O númenes, ó dioses justicieros!
Tú, Jason, tus perfidias y falacias,
Yo la facilidad en darte asenso?

¡Oh! ¡si al cruzar del Bósforo las sirtes
Se unieran, y cojiéndonos en medio
Con súbita opresion nos demolieran
Juntándose mis huesos á tus huesos!

¡Oh! si en Scila arrojados, por sus canes
Fuéramos devorados y deshechos
Que bien pudiera Scila, pues fue amante,
Perfidias castigar de hombres perversos!

¡O bien, dando en Caribdis, que vomita
Cuantas aguas absorve en su hondo seno,
Para siempre en las hondas de Trinacria
Sumergiera tragados nuestros cuerpos!

Mas no fue así, pues vencedor y vivo
A las ciudades de Tesalia vuelto,
Consagras á los dioses de tu pátria
El dorado Vellon, rico trofeo.

¿Para qué referirte el beneficio
Que debes á mi industria, consiguiendo
Que las hijas de Pelias á su padre
Despedazasen con piadoso anhelo?

Pues aunque otros la culpen, tú debieras
Tan dura accion agradecerme al menos;
Tú, por quien tantas veces precisada
A ser atroz y criminal me veo.

En vez de esto te atreves (las palabras
No alcanzan á esplicar cuanto padezco)
Te atreves; ¡ay! te atreves á decirme:
Del palacio de Eson sal al momento.

De tu casa salí, pues lo mandaste,
Con solo mis dos hijos pequeñuelos,
Y el mal pagado amor con que te adoro,
Que do quiera que voy me va siguiendo,

Y he aquí que de repente en mis oidos
Sonó el epitalámico concento;
Que tus bodas celebra, é hirió mis ojos
De las nupciales hachas el reflejo.

La sonadora flauta acompañaba,
Cuando os cantaban los nupciales versos;
Dulce á vosotros, para mí mas triste
Que de la trompa fúnebre los ecos.

Estremecíme; mas aun no creía
Que en tí cupieran crímenes tan negros;
Sin embargo ocupóme el pecho todo
No sé qué susto, que lo puso inquieto.

Se acerca en tanto clamorosa turba
¡Himeneo! esclamando, é *¡Himeneo!*
Repite sin cesar; y mas crecia,
Cuanto mas se acercaba, mi tormento.

14

Ocultando su llanto, en otra parte
Me lloraban algunos de tus siervos,
Y lejos del bullicio no querian
Con aplauso anunciar tus desaciertos.

Tambien hubiera yo querido entonces
Para ignorarlo todo, hallarme lejos,
Bien que tan triste y abatida estaba
Cual si supiera ya todo el suceso.

Mandado por mí en esto, y conducido
De la curiosidad, el mas pequeño
De tus dos hijos, por saber la causa,
De la puerta al umbral se asomó luego.

,,Huye, madre, esclamó: Jason, mi padre,
,,La nupcial pompa viene presidiendo,
,,Y desde el carro los caballos rige,
,,Brillando el oro de que va cubierto."

Desgarréme la túnica y heríme
El pecho de mi rabia en el acceso,
Y ni el rostro indultaron de su furia
De entre ambas manos los sañudos dedos.

Impetus tuve de lanzarme fiera
De la festiva multitud en medio
Y arrancar á tu esposa la guirnalda
Que llevaba en la sien por aderezo.

Apenas pude, sin salir furiosa,
Contenerme, mezados los cabellos
Cual estaba, y gritando *¡Este es mi esposo!*
Arrebatarte en fe de mi derecho.

¡Padre ofendido! ¡pátria abandonada!
¡Alegraos en fin, que ya mis yerros
Espiando estoy! ¡O manes de mi hermano!
¡Apláque mi penar el furor vuestro!

Perdidos para siempre por seguirlo
El reino, el domicilio, el patrio suelo,
¡Me abandona mi esposo! ¡aquel esposo,
Que ya era solo todo mi universo.

¿Luego pude vencer feroces toros;
Pude vencer impávidos guerreros;
Pude vencer mortíferos dragones;
Y tan solo á Jason vencer no puedo?

Yo, que pude con arte, de los toros
Estinguir los volcanes en tu obsequio,
¿No puedo libertarme de las llamas
Del ardoroso amor en que me quemo?

¿Ya mi mágia, mis yerbas y mis artes
Todas ¡ay! me abandonan de concierto?
¿Ya ni á Diana, ya ni á Proserpina
En ayudarme fáciles encuentro?

Fastídiame la luz del claro dia,
Desvelada en las noches me lamento,
Ni el blando sueño á mis cansados ojos
Da siquiera el alivio mas ligero.

En favor de Jason sueño profundo
Al dragon infundir pudo mi empeño,
Y no puedo á mí misma: asi á cualquiera
Mas útiles que á mí son mis esfuerzos.

Yo conservé á Jason, y á Jason solo
Abraza mi ribal sin merecerlo,
Gozando el fruto que esclusivamente
Se debe á mis afanes y desvelos.

¿Y quien sabe, Jason, si ante la injusta,
Por hacerte valer en su concepto,
Buscando con palabras lisongeras
Ser agradable á sus oidos necios,

Fingirás en mi cara y mis costumbres
Nuevas imperfecciones y defectos,
Y alegre se reirá la impertinente
De los vicios, que finges y no tengo?

Ríase cuanto quiera, y orgullosa
De tiria grana pise el solio excelso,
Que pronto llorará, cuando arda en llamas
Mas voraces aun, que las que pruebo.

Mientras haya puñales y haya hogueras,
Mientras haya mortíferos venenos,
Enemigo ninguno de Medea
De mi furor se quedará riyendo.

Mas si súplicas pueden por ventura
Enternecer un corazon de hierro,
Mis palabras ya humildes y rendidas
Suplícote, Jason, que oigas atento.

Yo tan rendida te suplico ahora
Cuando tú lo estuviste á mis pies puesto;
Ni en postrarme sumisa ante los tuyos
Tarda ó avergonzada me detengo.

Si te soy despreciable, en estos niños
Los ojos pon, que de los dos nacieron,
Que siendo parto mio, la madrastra
Los odiará cruel hasta perderlos.

Mucho se te parecen, y al mirarlos,
Contemplando tu imágen, me deleito,
Tan movida, que en lágrimas mis ojos
Se inundan cada vez que los comtemplo.

Ruégote por los dioses, Jason mio,
Por mi potente abuelo, el sacro Febo,
Por los servicios que á mi amor le debes,
Y por estas dos prendas hijos nuestros:

Que me vuelvas tu mano; sí tu mano
Por la cual todo lo dejó mi afecto:
Cúmpleme tu palabra, y tus ausilios
Sírvanme, cual los mios te sirvieron.

Mira que no te pido me libertes
De armada tropa, ó toros carniceros;
Ni que por tí vencido, se adormezca
Algun fiero dragon, tampoco intento.

A quien he merecido; á tí que libre
Mi esposo te juraste, es á quien quiero;
A tí en cuyo consorcio, ya dos veces
He sido madre, ès solo á quien pretendo.

Y si, cuál es mi dote preguntares,
Mi dote, te diré, pues quieres verlo,
Es el campo en que araste, de dos fieras
Las cervices indómitas unciendo.

Es el aureo Vellon, ese prodigio
Tan preciado por su oro cuanto bello;
El cual si reclamára como propio
Acaso te negáras á volverlo.

Eres tú mismo, y eslo finalmente
La griega juventud, que á mis portentos
Debe con vida estar. Compara ahora
Los bienes de Creon con todos estos.

La vida que disfrutas, esa esposa,
Tu suegro mismo de riquezas lleno,
Y aun poder serme ingrato, todo es mio,
Todo, pues todo se debió á mi esfuerzo.

Todo lo cual al punto.... Mas ahora
Declarar no conviene mis secretos,
Que ya minaz mi cólera previene
A los malvados grandes escarmientos.

Sí, solo mi furor será mi guia:
Tal vez me pesará lo que preveo:
Que me pese ¿y qué á mí? tambien me pesa
Haber favorecido á un traicionero.

Hagan de mí los dioses lo que quieran,
Los dioses que me agitan acá dentro,
Pues qué sé yo que cosas aun mayores
Allá en la mente impávida revuelvo.

HEROIDA DECIMATERCIA

ARGUMENTO.

Laodamia, esposa de Protesilao príncipe de Filo en Tesalia, que habia partido á la guerra de Troya, llena de temores le escribe á Aulide, en cuyo puerto estaba detenida la flota griega á causa de las tempestades; y noticiosa de que, segun un oráculo, pereceria en la guerra el primero que pisára el pais enemigo, lo exhorta á que sea el último que desembarque, y á que se guarde cuidadosamente de Hector y de los demas troyanos. Sin embargo, estas exhortaciones nada aprovecharon, pues el magnánimo Protesilao fue el primero que puso el pie en tierra, y murió á manos de Hector.

LAODAMIA

Á

PROTESILAO.

A su esposa Laodamia, esposa amante
Con todo el corazon salud envia,
Y ansiosa pide al cielo que la lleve
Adonde suspirando la encamina.

Cuentan que tienen los contrarios vientos
En Aulide las naves detenidas:
¿Adónde estaban ¡ay! las tempestades
Cuando de aquí dejándome partias?

La mar debiera entonces enojada
Obstáculos poner á vuestras quillas:
Para turbar las ondas aquel tiempo
¡Cuánto mas á propósito seria!

!Cuántas cosas entonces te dijera!
¡Cuántas te hiciera mi amistad caricias!
Pues mil y mil encargos me quedaron,
Que decirte no pude con la prisa.

Arrebatado fuiste con violencia,
Y el viento que avivaba la partida
Favorable sopló cual anhelaban
Los marineros, no cual yo queria.

Viento á los navegantes oportuno,
Mas no á quien ama y de su amor se priva:
¡Ah! yo me ví arrancada de los brazos
En que tú, dulce esposo, me tenias.

A medio pronunciar dejó mi lengua
Las palabras que amante proferia,
Y pude apenas en tan duro trance
Un triste *á dios* decirte enternecida.

Sopla tenaz el bóreas, y tus velas
Al punto mismo arrebatadas infla,
Y ya mi amante y fiel Protesilao
Estaba ¡ó cielos! lejos de la orilla.

Mientras que pude verte de la playa,
En verte desde allí me complacia,
Y á tus amantes y espresivos ojos
Siguieron fijamente mis pupilas.

Cuando á tí ya no pude, de tu barco
Las velas á lo menos ver podia,
Y por un largo espacio de tu nave
Las velas mi atencion tuvieron fija.

Mas despues que ni á tí, ni de tu nao
Las velas pude ver que hinchadas iban,
Y ninguna otra cosa ante mis ojos
Sino el hundoso mar se descubria,

De mis ojos tambien huyó contigo
La luz, y entre tinieblas sumergida
Dicen que desmayada dí en el suelo
Doblando temblorosa las rodillas.

Tu padre Ificlo apenas con el mio
Y mi madre, que al verme se dolia,
Rociándome con agua consiguieron
Mirarme de aquel mal restablecida.

Un servicio piadoso me prestaron,
Mas fuéme inútil su piedad benigna;
Pues sentí que á una esposa desdichada
No le fuese la muerte concedida.

Luego que revivieron mis sentidos
Tambien resucitaron mis desdichas,
Y de nuevo en el pecho lastimado
Se encendió del amor la llama activa.

No ya que peinen y ornen mis cabellos
Permito á mis doncellas cual solian,
Ni quiero que vestidos me prevengan
En que el oro y la púrpura compitan.

Cual suelen las bacantes, segun cuentan,
Que con el tirso pampanoso agita
La bicorne deidad, así yo vago
Aquí y allí donde el furor me guia.

Suelen juntarse á veces cariñosas
Las jóvenes de Filo, mis amigas,
Y „¿por qué, dicen, ó Laodamia, dejas
El regio trage que llevar debias?”

,,¿Quereis, las digo, que me vista y lleve
,,Ropas que coloró púrpura tíria,
,,Mientras en torno del troyano muro
,,Lidia mi esposo, y su vivir peligra?

,,¿He de adornar con rosas mi cabeza
,,Mientras él á la suya el casco ciña?
,,¿O he de cubrirme yo con nuevos trages
,,Mientras el peso del arnés lo oprima?

No, amado esposo, no; que en cuanto pueda
Quiero imitar tus bélicas fatigas,
Y todo el tiempo que la guerra dure
Triste me habrá de ver la pátria mia.

Y tú, troyano Páris, tan hermoso
Por desgracia de Troya y tu familia,
¡Oh si enemigo tan inerte fueras
Cuanto pérfido huesped algun dia!

¡Ah! ¡cómo hubiera yo querido entonces
Que la beldad de Grecia menos linda
Te hubiera parecido, ó que ella hallase
Defectos en tu cara peregrina!

¡Ay! bravo Menelao, que te afanas
Por tu robada esposa en demasía,
¡Infelice de mí! ¡cuántos y cuántas
Llorarán la venganza que meditas!

!Alejen las deidades de nosotros
Los males que mi labio vaticina,
Y tornando á mis brazos mi marido
A Jove dé sus armas no vencidas!

Yo tiemblo, y cuantas veces mis temores
La desastrosa guerra se imaginan,
Se precipita el llanto de mis ojos,
Cual suele al sol la nieve derretida.

Tépedos, Ilion, Símois, y Xanto
Y el Ida, nombres son que me intimidan
Cuyo solo sonido, si lo escucho
Mi amante corazon atemoriza.

Ni se atreviera el peregrino huesped
Con tan resuelta y pérfida osadía
El robo á ejecutar, si ya sus fuerzas
No tuviera sobrado conocidas.

Vino, segun es fama, tan brillante
Con el oro, que al verlo se diria,
Que en solo su vestido y su persona
Llevaba las riquezas de la Frigia.

Era en hombres y naves poderoso,
Fuerzas con que la guerra se practica;
Y aun ésta de su reino solamente
Una pequeña parte se creía.

Al seductor halago de estas cosas
Sospecho, Helena, que quedó vencida
Tu amante resistencia, y mucho temo
Que á los griegos tambien serán nocivas.

Me llena de temor no sé cual Hector,
Guerrero, que, cual Páris repetia,
Empuñando las armas en su diestra,
Guerras atroces sanguinario excita.

A ese Hector fiero pues, do quier que lo ha- (lles
Guárdate de esperarlo, y si me estimas,
Allá en tu corazon graba su nombre,
Y sus encuentros cuidadoso evita.

Empero al evitarlo no te olvides
De evitar á los otros en la riña,
Persuadido á que son en ese campo
Muchos los fieros Héctores que lidian.

Y en fin, cuando á la lid te preparares
Dentro tu corazon quiero que digas:
„Mi Laodamia me manda que por ella
„A toda costa guarde yo mis dias."

Y si que caiga Troya al valor griego
Favorables los hados determinan,
Que caiga Troya, sí, pero que caiga
Sin que el daño mas mínimo recibas.

Que lidie el ofendido Menelao
Y á los troyanos valeroso embista,
Para que logre así quitar á Páris,
La que Páris á él quitado habia.

Arrójese; y si en causa lo supera,
En las armas y bélica pericia
Supérelo tambien, pues con las armas
Debe arrancar á Páris su querida.

Tu causa es diferente; y así pugna
Solo para vivir, y que consigas
Vivo tornar á los amantes brazos
De la esposa infeliz que te suspira.

De tantos enemigos, uno solo
Que perdoneis ¡troyanos! os suplica
La mísera Laodamia....¡ah! ¡que no corra
De su cuerpo mi sangre en sus heridas!

No está bien á mi esposo en las batallas
Arrojarse empuñando la cuchilla,
Ni oponerse con pecho endurecido
De los fieros troyanos á las iras:

Menelao que lidia por su esposa
Puede ejercer su fuerza y valentia:
Otros sigan de Marte las banderas,
Las banderas de amor mi esposo siga.

Te lo confieso ahora; quise al irte
Estorbar animosa tu partida;
Mas temiendo que fuese un mal presagio
El detenerte, me quedé indecisa.

Entonces al partirte para Troya,
Cuando el paterno hogar á dejar ibas,
En el umbral tu planta tropezando
Indicó que partirte no debias.

Al ver este presagio estremecíme,
Y entre mí dije, toda conmovida:
,,¡Hagan los dioses que este agüero, solo
,,La vuelta de mi esposo me prediga!"

Refiérote estas cosas porque cauto
Refrenes en la lid tu bizarria,
Y haga tu precaucion que al aire vayan
Los males que mi miedo se fabrica.

Dicen tambien que el hado á inicua muerte
A no sé quien, fatídico destina
Que de los griegos el primero á Troya
Llegue, y en su region la huella imprima.

¡Infelice la esposa que primero
Llore la muerte de su esposo inicua!
¡No permitan los dioses que tú seas
Quien de Troya el primero huelle el clima!

Haz de modo que pueda entre mil naves
La milésima ser tu navecilla,
Y la última de todas cuando llegue
Las ya trilladas ondas surque y mida.

Adviértote tambien, que tú el postrero
Desde la nave al puerto te dirijas;
Ni hay por que te apresures, tierno esposo,
Pues no es el suelo pátrio al que caminas.

Cuando á tu pátria tornes ¡ay! entonces
Tu nave á vela y remo precipita,
Y el pie seguro entonces el primero
En la ribera de tu pátria fija.

Yo entre tanto, si Febo gira oculto,
O si elevado sobre el orbe brilla,
Te tengo sin cesar ante mis ojos,
Y sin cesar tu ausencia me lastima.

Mas con todo, la noche silenciosa
Con mayor fuerza mi dolor aviva;
¡La noche, sí, tan grata á las esposas
Que siempre al lado del esposo habitan!

Falaces sueños en el viudo lecho
Entretienen tal vez mi fantasía,
Y si las dichas verdaderas faltan,
Deléitanme á lo menos las fingidas.

Mas ¿por qué en sueños tu querida imagen
Pálida se me ofrece y me contrista?
¿Por qué tu labio lastimeras voces,
Que me atraviesan de dolor envia?

¡Ah! yo despierto y humillada adoro
Las nocturnas imágenes sombrias;
Ni hay en Tesalia altar que sin el humo
De los inciensos que derramo exista.

Tras el incienso que en el fuego arrojo,
Abundantes mis lágrimas destilan,
Y álzase luego la sonante llama,
Cual suele alzarse cuando el vino liban.

¡Cuándo será que vuelto te acaricie
Entre mis brazos que estrecharte ansían!
¡Cuándo será que yo, cayendo de ellos,
Lánguida desfallezca de alegria!

¡Cuándo será ¡ay esposo! que á mi lado,
Toda yo de tu labio suspendida,
Me refieras los hechos hazañosos
De tu valor, y bélicas intrigas!

Cuya fiel relacion, cuando me la hagas,
Aunque me dé placer la narrativa,
Será de mis caricias y las tuyas
Una vez y otras mil interrumpida.

Porque así interpoladas de cariños
Se hacen mas agradables las noticias;
Y la lengua, tras breve y dulce pausa,
Queda á la narracion mas espedita.

Mas ¡ay! que cuando Troya se me acuerda,
Los vientos y los mares me horrorizan,
Y mi dulce esperar desvanecido,
Solícito temor me desanima.

El que adversos los vientos á las naves
Salir de Aulide á Troya, no permitan
Me intimida tambien.... ¿y está resuelta
A pesar de los vientos la salida?

¿Quién, si contrario el viento lo prohibe,
Aun á la pátria navegar querria?
Vosotros sin embargo, de la pátria
Al mar os arrojais aunque él lo impida.

Neptuno no permite que á sus muros
Los bajeles de Grecia se dirijan.
¿Adónde os arrojais? á sus hogares
Tórnese cada cual ¡ó gente argiva!

¿Adónde os arrojais? ¡Incautos griegos!
¿No mirais de los vientos la porfia?
No es el acaso, no, quien os detiene;
Sagrado númen proseguir os priva.

¿A qué tan ardua guerra? ¿Por ventura
Una adúltera torpe á tanto obliga?
Tornad las velas á la pátria ¡ó naves!
Mientras os es la vuelta permitida.

¿Mas para qué augurar? ¡O nunca sean
Mis necias y ominosas profecias!
Antes el aura favorable os torne
Las ondas apacibles y tranquilas!

¡O, cuánta envidia tengo á las troyanas
Que si ven de los suyos condolidas
El fiero batallar, logran al menos
Al sitio de la lid estar vecinas!

Por sí misma la nueva desposada
Pondrá el casco á su amado, y por sí misma
El duro arnés y las troyanas armas
Dará al valiente esposo que se vista.

Las armas le dará, y al tiempo mismo
Del esposo será favorecida
Con mil y mil finezas, siendo á entrambos
Tan dulce ocupacion una delicia.

Conducirálo luego, y entre tanto:
„Vuélvete pronto, le dirá espresiva,
„Y ven con estas armas porque á Jove
„Las pueda consagrar tu mano invicta.

El, llevando las órdenes recientes
De su esposa en el ánimo esculpidas
Lidiará cautamente, y sus hogares
Aun en la lid no perderá de vista.

Al tornar de la guerra, á recibirlo
¡Con qué placer saldrá! y á toda prisa
Desarmarálo, y el cansado pecho
Estrechará en sus brazos compasiva.

¡Pero yo miserable! siempre incierta
Todo me asusta, todo me contrista,
Y á juzgar hecho todo el mal posible
El temor en que vivo me precisa.

Mientras tú tan distante haces la guerra,
Tan solamente mi dolor alivia
Un retrato de cera, que fielmente
Los lineamentos de tu rostro imita.

A esta querida imagen, mi cariño
Cien mil finezas sin cesar prodiga:
Háblole con ternura, y afanosa
Aun mis abrazos hago que reciba.

Es para mí (creeme) tu retrato
Mas de lo que parece á quien lo mira;
Y si sola la voz se le añadiera,
Protesilao con la voz seria.

A este miro, á este abrazo, y á este tengo
En lugar de mi esposo, y afligida,
Cual si pudiera hablar y responderme,
Le cuento mis pesares y cuítas.

En fin por tu persona y por tu vuelta,
Cosas entreambas para mí divinas;
Por las nupciales teas, que al unirnos
En lazo eterno, plácidas ardian;

Y en fin por tu cabeza idolatrada,
(Que al cielo pido que sin daño exista
Al volver á tu pátria, y yo la vea
Allá en la senectud encanecida)

Te juro ser tu firme compañera
Do quiera que me mandes que te siga,
Ora la parca...(pronunciarlo temo)
Ora mil años, cual anhelo vivas.

Voy á cerrar en fin con un aviso
De esta mi carta las amantes líneas:
,,Si tienes de mi vida algun cuidado,
Ten tú mismo cuidado de tu vida."

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

FIN DEL TOMO PRIMERO.